



REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA

CON CENSURA Y APROBACIÓN ECLESIASTICA

Se publica los días 1 y 15 de cada mes

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Librería y Tipografía Católica, calle del Pino, n.º 5, Barcelona

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

En España é islas adyacentes, Portugal, Cuba y Puerto-Rico. 14 ptas. al año.
 En los demás puntos de América, y las islas Filipinas y el Extranjero. 20 id. id.

Advertencia.—Los señores Corresponsales fijarán los precios en los puntos donde el cambio sobre Europa haya sufrido notable alteración.

ADVERTENCIAS

No se admiten subcripciones por menos de un semestre en España y Portugal, y de un año en Ultramar y Extranjero, comenzando por Enero ó por Julio.

No se atenderá subcripción alguna cuyo importe no se haya anticipado por medio de libranza, letra de fácil cobro, ó de otro modo sencillo y seguro.

Los números sueltos se venden á 75 céntimos.

Se insertarán anuncios á 25 céntimos la línea.

SUMARIO

TEXTO

CORRESPONDENCIA.—*Manila:* Muerte ó martirio del R. P. Fr. Moisés Santos, misionero agustino y defensor de la Provincia de Filipinas.

Habana: Misión á bordo del crucero Vizcaya y del vapor Alfonso XII.

Quibdó: De Tuquerres á Quibdó. — Llegada de los Hermanos Maristas.

Athabaska-Mackenzie: Los buscadores de oro. — Hambre.

LOS PADRES MISIONEROS DE FILIPINAS.

LAS REMINISCENCIAS DE UN MISIONERO DE BASUTOLANDA. —XVII y último, Profetas y profetisas. —Secreto para obtener conversiones. —Conclusión.

EN SYDNEY.—IV, Maravilloso desarrollo de la fe católica. —Sus causas.

A TRAVÉS DE LA MISIÓN DE NUEVA GUINEA.—IV y último.

LA ESCRITURA ENTRE LOS NEGROS.

BOSQUEJO HISTÓRICO DE LAS MISIONES FRANCISCANAS EN LA PROVINCIA DE SANTA FE.—II, Estado moral de las Misiones. —III, Escuelas. —IV, Religión. —V,

Progresos materiales. —VI, Templo de San Antonio de Obligado. —VII, Colonia de Avellaneda.

CRÓNICA.—Roma. —Lyón. —Inglaterra. —Perú. —Indostán.

VARIEDADES.—San Juan de Puerto Rico. —El alma. A Cristo en la cruz. —El reino de las mujeres.

CUBIERTA.—Lea, ó la cruz triunfante.

GRABADOS

EMMO. SR. CARDENAL MORAN, arzobispo de Sydney.

AUSTRALIA. —Vista de los alrededores de Sydney.

— Administración de correos en Sydney.

— Parte posterior de la catedral de Santa María en Sydney.

MANILA. —Embarque de emigrantes para un fábrica de tabacos.

NUEVA GUINEA. —Asia Rauma, hijo del jefe Rama Kaima.

— Vista de Yule, parte extrema de la isla Katak.

EL MAYOR BÓLIDO QUE SE CONOCE.

EL BARRIO DE LA MARINA EN SAN JUAN DE PUERTO RICO.

LEA O LA CRUZ TRIUNFANTE

por MATILDE BOURDON

Cristo vive, Cristo reina, Cristo
impera.

I

PRÓLOGO

El santo Rey profeta, en una de sus penetrantes miradas sobre el porvenir, exclamaba: «¿Por qué bramaron los pueblos? ¿Por qué las naciones maquinaron asechanzas? Los reyes de la tierra se han levantado, y los príncipes se han conjurado contra Dios y su Cristo, diciendo: «Rompeamos sus ataduras, y echemos su yugo lejos de nosotros.» Mas el que habita en los cielos se reirá; Dios se burlará de ellos... ¡Entendedlo, oh reyes! ¡Aprended, oh jueces de la tierra!»

¿No es este el cuadro de los primeros siglos de la Iglesia? Nuestro divino Salvador Jesús murió en una cruz; sus Apóstoles, llenos del Espíritu Santo, abrasados por el fuego que su Maestro vino á llevar á la tierra, predicán el Evangelio al judío y al gentil, al romano y al bárbaro; al punto las naciones se conmueven, y mientras los pequeños y los humildes aceptan la buena nueva y adoran al Dios crucificado, los reyes y los príncipes, los gobernantes y los magistrados se juntan contra Dios y su Cristo. Por espacio de tres siglos, á una persecución tenaz y sangrienta los cristianos opusieron una resistencia invencible; todo el imperio romano, con sus leyes, sus armas, sus letras, sus tesoros, sus tormentos y sus suplicios, no puede resistir á este puñado de hombres, revestidos de la fuerza de lo alto; en pocos años la débil planta llegó á ser un árbol inmenso; los cristianos, según expresión de un antiguo apologista, todo lo habían invadido, llenaban la vasta extensión del imperio, y sólo dejaban á los paganos los templos de sus falsas deidades. Aquellas legiones innumerables daban incesantemente héroes á la tierra, y mártires al cielo; el edificio de la Iglesia se engrandecía siempre, cimentado con la sangre de sus generosos hijos. ¡Cuántos nombres ilustres! ¡cuántos tormentos! ¡cuánto

heroísmo! ¡cuánta gloria! Contad si podéis las estrellas que tachonan la celeste bóveda en una noche serena! ¡cuánto menos esas cohortes brillantes en que se confunden los blancos cabellos de los Pontífices con las rubias trenzas de las vírgenes; en que la túnica del esclavo, la clámide militar, la toga del senador teñíanse igualmente con la sangre que derramaban por Dios; en que se juntaban nombres consulares y nombres bárbaros; en que se confundían en fraternal abrazo representantes y embajadores de Judea y la Galia, de Roma y Etiopía, de Cartago y las colonias del Danubio! Durante tres siglos los testigos gloriosos de la Religión santa no cesaron de orar, de combatir y de morir; durante tres siglos las Catacumbas, las ciudades de los muertos, llenáronse de cuerpos santos desgarrados por los suplicios, y que tan hermosos aparecerán cuando amanezca el día que no acabará jamás; durante tres siglos la sangre de los Mártires, vertida á torrentes, engendró por cada gota nuevos cristianos que veían en la vida fiel ó en la muerte violenta la entrada de la inmortalidad. Durante tres siglos los reyes maquinaron en vano contra Dios y su Cristo; el Eterno se reía de ellos; ocultaba en el granero celestial los trojes de la preciosa mies segada por los perseguidores; su grandeza y su poder brillaban solo en el heroísmo de sus hijos, hasta el momento en que saliendo de su reposo, rompió como vaso de barro los príncipes, los jueces y los verdugos. Herodes y Pilatos, Nerón, Domiciano y Decio, desaparecieron de la tierra; Diocleciano murió en la desesperación; Maximiano Hércules fué herido por esa mano divina que había irritado; Galerio murió consumido por una enfermedad vengadora, y mostró en sus últimos momentos un arrepentimiento que, semejante al del impío Antíoco, no fué tomado en cuenta; Licinio dobla la rodilla ante el Dios eterno; y Constantino, dispuesto para combatir contra Majencio en Puente-Milvio, ve en los aires la cruz triunfante, lee al rededor del celestial estandarte la promesa de la victoria, y poniendo toda su confianza en aquella señal divi-

CORRESPONDENCIA

MANILA (Filipinas)

Muerte ó martirio del Rdo. P. Fr. Moisés Santos, misionero agustino y definidor de la Provincia de Filipinas

Acabamos de recibir la siguiente correspondencia, encabezada por un recorte de periódico, la cual contiene nuevos é interesantes detalles del asesinato del R. P. Fr. Moisés Santos, agustino, del cual dimos cuenta en el próximo pasado número.

EL periódico *La Voz Española de Manila*, en el número del 1.º del pasado Abril, dió cuenta del infame asesinato cometido en la persona del muy R. P. Moisés Santos, agustino, en el pueblo de Malolos (Filipinas), y llevado á cabo sin duda alguna por agentes de la Masonería tagala.

Ahora como recuerdo al benemérito religioso, cuya pérdida lloramos, vamos á transcribir el relato que de tan criminal acontecimiento trae el mencionado diario en el expresado número y en el del siguiente día. Dice así:

«Ayer tarde poco después de las seis, cuando se dirigía á pie desde el pueblo de Malolos (Bulacán) á la estación de Barasoain el M. R. Padre Moisés Santos, cura párroco de aquel punto, fué objeto de infame y criminal atentado que acabó con su vida.

«Al llegar á una barranca que hay inmediata al puente en el camino que conduce á la estación de la línea férrea, tres malvados salieron al paso de aquel respetable sacerdote, asesándole varias puñaladas en la frente y cuerpo, una de las cuales le atravesó el corazón.

«El P. Moisés no tuvo tiempo para defender su persona de tan vil agresión, y cayó bañado en sangre, exánime, pero con vida; dándose á la fuga los asesinos.

En ese estado al saberse la noticia, fué conducido dicho Religioso agustino á la estación del ferrocarril en Barasoain, donde se le prestaron los primeros auxilios; y después fué trasladado al convento del citado pueblo, llegando más tarde el médico de la cabecera de Bulacán con el gobernador de la provincia y otras personas de representación en la misma.

Año VI.— Número 133

«Todos los cuidados prodigados al P. Moisés fueron inútiles; la mano asesina fué certera al clavar el puñal, y poco después de cometido el crimen, á las siete y media de la noche expiró aquel respetable Religioso, que fué en vida modelo de virtudes; pues poseía en sumo grado todas aquellas que pueden hacer al hombre querido y respetado.

«Varón justo, modesto, bondadoso y caritativo, nunca hizo mal á nadie, ni poseyó nada; pues todo cuanto tenía era de sus amigos y feligreses. El pueblo de Malolos debe mucho al P. Moisés Santos; y es indudable que el horrendo crimen cometido por hombres sin conciencia y sin honor será execrado por aquellos vecinos.

«Amante como pocos de España y Filipinas, todos sus actos tendieron siempre al bienestar y progreso moral y material de estas islas, combatiendo enérgicamente cuanto pudiera menoscabar el prestigio de la patria, y atacando duramente y persiguiendo con tenacidad las logias masónicas que aquí nacieron, y tuvieron en el P. Moisés uno de sus mayores enemigos.

El P. Moisés ha sido uno de los que con más provecho pelearon en la lucha contra aquella infame secta, que pareció enseñorearse un día del pueblo de Malolos, de donde gracias á él fué desterrada.

«Así, pues, crimen cometido en persona de tan relevantes prendas personales, es de los que más indignación producen; y no dudamos que la justicia perseguirá á los autores de esa villanía, que recibirán el castigo que merecen.»

Hasta aquí el citado diario. Al día siguiente, refiriendo el solemne entierro hecho á nuestro Religioso, decía: «Deseosos los Padres Agustinos de rendir su

último tributo de cariño en Manila al que en vida fué gloria de su Orden, al M. R. P. Fr. Moisés Santos, nombraron una Comisión compuesta de los reverendos Padres Fr. Cándido San Miguel, Fr. Francisco Alvarez, Fr. Ignacio Monasterio, Fr. Blas Barrios y Fr. Federico Santos, hermano este último del difunto, quienes se constituyeron en el pueblo de Barasoain, en cuya iglesia parroquial el cadáver se hallaba depositado desde anteanoche. A la Comisión se agregaron los médicos D. Mariano García del Rey y D. Darío del Val, que iban á efectuar el embalsamamiento del cadáver, asistidos del practicante D. Jacinto Boriquen, siendo tes-

4 de Julio de 1898



EMMO. SR. CARDENAL MORAN, arzobispo de Sydney. (Pág. 302)

tigos del acto D. Luís Moreno Férrez y D. Manuel Rá-vago.

«En el convento de Borasoain se hallaban además varios párrocos de la provincia, el gobernador y el vicario de la misma, siendo muy de notar como el señor Vals ha concedido toda clase de facilidades para el traslado del cadáver.

«Empezó el embalsamamiento á las nueve y media de la noche y terminó después de la una de la mañana, habiéndose hecho dignos de loa los médicos que lo practicaron.

«Entonces pudo verse lo infame de la mano asesina que quitó la vida al P. Santos, descubriéndose varias horribles heridas, una de ellas en el cráneo, otra en el costado y brazo izquierdo, y otra en la espalda, todas ellas mortales de necesidad, sin contar tres más leves.

«A las cinco de esta mañana fué llevado el cadáver á hombros de varios Padres agustinos; y formando parte de la comitiva fúnebre el gobernador de la provincia, provisor de esta diócesis, vicario provincial, hermanos de hábito y varios amigos del finado, se trasladaron los restos del P. Moisés á la estación de Malolos, y al llegar al lugar donde perdió la vida tan virtuoso sacerdote, entonó un responso el Sr. D. Silvino López Tuñón, provisor de este arzobispado.

«A las ocho de la mañana de hoy llegaba á la estación de Tutubán el tren especial que trajo el cadáver del P. Santos, aguardando en la estación varios Padres agustinos, muchos amigos del finado, y la principalía de Tondo con música.

«El cadáver había sido depositado en soberbia caja metálica de doble tapa, siendo conducido á San Agustín en magnífica carroza tirada por cuatro caballos empenachados, marchando en pos del duelo la música de Tondo. Sobre el ataúd se depositaron tres coronas, una de los Padres agustinos, otra de D. José M.^a Fuentes, y la última del R. P. Fr. Mariano Gil, curapárroco de Tondo. Al llegar á la iglesia de San Agustín se celebraron solemnes funerales de cuerpo presente, habiendo sido depositado el cadáver en severo catafalco de seis cuerpos, hallándose el templo adornado de paños negros.

«Celebró de pontifical el excelentísimo é ilustrísimo señor Arzobispo de esta diócesis, ayudado por el Magistral del Cabildo catedral y los párrocos de Bacolor y de Tarlac. A la fúnebre ceremonia asistieron el alcalde y secretario de la ciudad, los consejeros de Administración Sres. Sastroix y Vals, el Sr. Domínguez Alfonso, intendente general de Hacienda, el presidente de la Audiencia, el deán del Cabildo catedral, Comisiones de todas las Ordenes religiosas, muchos amigos del finado y varias Comisiones de principalía. Terminada la Misa cantáronse varios responsos, siendo conducido el féretro al coche fúnebre por principales del pueblo de Borasoain.

«En Guadalupe ha recibido cristiana sepultura el cadáver del virtuoso sacerdote y modelo de patriotas M. R. P. Fr. Moisés Santos.»

En Carrión de los Condes (Palencia), cuna del inolvidable misionero, celebráronse también el día 7 del actual solemnísimos funerales por el eterno descanso de su alma, con asistencia del Ayuntamiento en pleno,

numeroso clero y pueblo, y una Comisión de Padres del Colegio de Agustinos Filipinos de Valladolid.

Antes de terminar, hemos de trasladar aquí los datos biográficos que del P. Moisés encontramos en el periódico antes citado.

«El M. R. P. Fr. Moisés de los Santos Blanco, natural de Carrión de los Condes, provincia y obispado de Palencia, nació el 11 de Septiembre de 1853. Tomó el hábito en el Colegio de Valladolid en 28 de Octubre de 1870, é hizo la profesión de votos simples en el mismo Colegio en 29 de Octubre de 1871, y los solemnes en el de la Vid en 3 de Diciembre de 1874, embarcando para estas islas en 1.º de Agosto de 1878 en el vapor *Vitoria*, que procedente de Barcelona arribó á Manila en 31 del mismo mes y año; terminando su carrera el P. Moisés en 1877. En 30 de Octubre de 1878 se le despachó el mandato para aprender el idioma tagalo en el convento de Manila con el R. P. Fr. Hermenegildo Carretero. En 15 de Abril del 79 pidió licencia de confesor de este arzobispado. En 6 de Mayo de dicho año se le concedieron licencias de confesor por el Obispo de Ilocos. En 5 de Julio de 1880 se le dió el mandato de vicario de Bauan con el R. P. Fr. Felipe Bravo. En 9 de Octubre de 1881 fué nombrado curapárroco de Santa Isabel (Bulacán). En el Capítulo provincial de 1889 fué nombrado Procurador del convento de Manila. En el Capítulo de 1893 fué nombrado Prior del convento de Euagua. En 4 de Febrero del mismo año se le designó para el curato de Malolos, y en el Capítulo de 1897 fué nombrado definidor, cargo que desempeñaba al ocurrir su muerte.»

Añadiremos, finalmente, que el P. Moisés, en medio de las tareas del ministerio apostólico, no se olvidó de contribuir, en la medida de sus fuerzas, al mayor progreso de las ciencias, como lo demostró reuniendo una muy numerosa y variada colección de objetos de Historia natural, y remitiéndola á nuestro Colegio de la Vid. (R. I. P.).

HABANA

Misión á bordo del crucero Vizcaya y del vapor Alfonso XII

El R. P. Fr. Estéban Pérez, misionero franciscano, escribe desde la Habana con fecha 29 de Marzo de 1898, al reverendo Padre Director de *El Eco Franciscano*.

LLAMADO expresamente por el reverendísimo Padre General de toda nuestra Orden, salí de Bolivia para España con el objeto de llevar á los conventos de aquella cristiana República, algunos Religiosos que quisieran dejar su patria y sus comodidades para ir á secundar los designios de Nuestro Señor en beneficio de tantas almas necesitadas como hay en aquellas apartadas regiones.

Estando en España fui llamado á Roma, donde tuve el indecible consuelo de ser recibido en audiencia particular por nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII, oír de sus augustos labios palabras de vida que resonarán siempre en lo más profundo de mi alma, y recibir su santa y paternal bendición.

De vuelta á España, reuní dos Misiones, una de 29 jóvenes, que con el P. Leonardo Alfonso se embarcaron

en Saint-Nazaire, con destino á nuestros importantes colegios de misioneros del Perú; y la otra de 15 Religiosos, de los cuales 10 son sacerdotes, que vienen con destino á los conventos de Bolivia en Sud-América.

Nuestro viaje hasta aquí ha sido feliz y dichoso, tanto más cuanto que en el barco en que veníamos hallábanse 1,600 soldados que mandaba el Gobierno á Cuba, y entre los cuales hemos ejercido el ministerio sagrado predicándoles en forma de Misión durante los días de navegación. Cada día celebrábamos la santa Misa cuatro ó cinco Padres, y por la noche se rezaba el santo Rosario, se entonaban cánticos al Señor y á la Santísima Virgen, y se predicaba, repartiéndonos la tarea los Padres y ejerciendo tan saludable ministerio unos en el salón principal del barco, otros en el de 2.^a clase, y otros sobre cubierta á los soldados.

Magnífico espectáculo se nos ofrecía al contemplar tanta y tal muchedumbre de gente arrodillada sobre la cubierta del barco para elevar sus corazones al Señor Supremo, que, si en todo se muestra grande, en ninguna parte se exhibe su grandeza con más sublimidad á nuestros ojos como en medio de la inmensidad del océano confundida con la inmensidad del espacio. Y ¿qué diré de la eficacia que adquiere la palabra del misionero y el profundísimo respeto con que se la oye cuando sobre las olas del mar, en noches de absoluto silencio, y en ese grandioso templo formado por el océano y el cielo, habla de Dios, del alma, de la eternidad, del viaje de la vida, y del puerto de la salvación?...

Antes y después del sermón entonábanse cánticos con entusiasmo indescriptible, glorificando á Dios nuestro Señor y alabando á la Santísima Virgen María, verdadera estrella de los navegantes, y se terminaba con la bendición y repetidos cuanto fervientes vivas á Dios, á la Virgen, á los Padres Franciscanos, á España y á sus soldados.

Gran parte de la tropa y de los pasajeros se confesaron y comulgaron, y tal vez no hubiera quedado ninguno sin lograr tanta dicha si la navegación se hubiese prolongado.

Un solo percance nos ocurrió en la navegación, que salvamos como por milagro, pues entrando el barco en la bahía de Puerto-Rico pasando sobre un bajo, y en el sitio mismo donde han perecido cinco ó seis barcos, cuyos restos se ven todavía entre las rocas, se paralizó la máquina del nuestro, y quedó por espacio de tres horas expuesto á la corriente marítima y al viento que amenazaban estrellarlo. Todas las lanchas de los costados del barco y demás medios de salvar vidas en un naufragio se prepararon. Pedíamos auxilio al puerto y remolque, pero éste no venía á tiempo: por fin comenzó á funcionar la máquina en momentos que ya llegaba también otro buque para remolcarnos. Salimos del peligro como por encanto y con más facilidad de lo que se pensaba, por lo que el capitán, agradecido á la Providencia de Dios, nos dijo desde el puente y en el preciso momento de comenzar á andar el barco: *Tenemos allá arriba en los cielos un Ser que vela por nosotros; nos hemos salvado.*

El día 25 entramos en la Habana, y aquí seguimos ejerciendo nuestro santo ministerio, predicando y confesando durante estos días, que esperamos trasbordo, y

que precisamente son los días principales de la Cuaresma. Hemos confesado á todos los tripulantes de nuestro barco *Alfonso XII*, á todos los marinos y oficiales del magnífico barco de guerra *Vizcaya* y de otros, y aun proseguimos hasta el día de Miércoles Santo.

Una palabra más sobre nuestros conventos franciscanos en esta isla de Cuba. Si en alguna parte hay necesidad del elemento religioso, es aquí, donde la lucha por la vida sin fijar mientes en los medios, donde la indiferencia por lo sobrenatural y el sórdido interés lo absorben todo.

Pues bien, la Orden franciscana, que no tiene otro fin en su providencial existencia que el de coadyuvar á la obra de la redención y salvación de las almas, no ha sido ni podía ser extraña á las que moran en esta *perla* del océano, según unos, y tragadero del infierno, según otros. Debido á los esfuerzos del incansable y celoso misionero franciscano R. P. Fr. Lucas Garteiz, se fundó hace diez años el convento de Guanabacoa, sito á poco más de una legua de la Habana, en lugar sano y ventilado, en medio de una población de unos 25,000 habitantes, cuyas casas están entre jardines, con un templo de más que regulares dimensiones, claustro hermoso, celdas espaciosas, oficinas y dependencias, todo en fin cuanto se puede desear para comodidad y observancia; y hace dos años aquí en la Habana, casi en el centro de esta bulliciosa población, una residencia junto al templo de San Agustín, propiedad de la Tercera Orden de nuestro Padre San Francisco, que aquí posee notables propiedades y hace muy grandes bienes. Al nombre del R. P. Garteiz debe ir unido el del R. P. Elías Amezarri, á quien Dios nuestro Señor habrá recompensado indudablemente allá en el cielo por lo mucho que cooperó al restablecimiento de nuestra Orden en esta Antilla.

Son pocos los Religiosos que sostienen el culto y ejercen aquí en la Habana y en Guanabacoa el sagrado ministerio; pero el fruto que cosechan es grande, y sería de desear que así como el Gobierno español manda tropas de soldados que defiendan aquí en Cuba los derechos de España y sostengan muy alto el honor de la bandera nacional, así el gobierno de nuestra Orden, lo digo con el debido respeto que se merece, mandase de cuando en cuando Misiones de Religiosos que defiendan los derechos de Dios en estas pobres almas á quienes el infierno cautiva, más que el yanki á los naturales, y sostuvieran alto, muy alto, el honor de la bandera de Jesucristo, su cruz sacrosanta, traída aquí como á otras partes por hermanos nuestros.

QUIBDÓ (Colombia)

De Tuquerres á Quibdó.—Llegada de los Hermanos Maristas

Con fecha 15 de Marzo del corriente año escribe el reverendo P. Fr. Lucas de Ibarra, capuchino, al M. R. P. Melchor de Tivisa, ministro provincial de Aragón:

SUPONGO que habrá recibido la carta que le escribí desde Túquerres comunicándole nuestra próxima partida para la Misión del Chocó. Ya que, gracias á Dios, hemos llegado á donde la santa obediencia nos

ha destinado, le escribo la presente, para darle cuenta de nuestro viaje.

Como V. R. conoce bien estos lugares, no me detengo en describirlos: mi objeto se reduce tan sólo á manifestarle las impresiones que he recibido durante el camino.

Desde Túquerres á Tumaco no me ocurrió cosa alguna digna de especial mención. En Tumaco tuve sumo gusto en saludar al R. P. Reginaldo M.^a Duranti, del Orden de Predicadores, prior del convento de Quito. Este buen Religioso, tan vilmente tratado é ignominiosamente desterrado del Ecuador por los radicales, había permanecido durante algunos meses en nuestro convento de Pasto, y ahora le está confiada la parroquia de Tumaco. Así que, en extremo complaciente, puso á nuestra disposición su casa, en la que pasamos unos doce días, esperando el vapor. Cuando el «Quito» llegó, nos embarcamos en él; siendo acompañados á bordo por el venerable Párroco, el Hermano que le sirve, y también por el Sr. Rayo R., capitán del puerto. Al día siguiente á las dos de la tarde llegamos á Buenaventura.

De Buenaventura salimos el 30 de Diciembre, á las cuatro de la mañana, para aprovechar la marea. Nuestra embarcación era una pequeña canoa, que aquí llaman *potro*, en la que apenas cabíamos nosotros y nuestro humilde equipaje.

Después de algunas horas, empezamos á navegar por la solitaria y triste quebrada de San Joaquín. La superficie de sus aguas estaba cubierta de las hojas que de continuo caen de los corpulentos árboles que cierran las orillas, y que, entrelazando sus ramas, forman bóveda en algunos puntos tan espesa que impiden contemplar el hermosísimo cielo. Esta quebrada no permite embarcaciones mayores; porque, además de su angostura y poco fondo, caen en ella á menudo árboles ó ramas enormes que impiden el paso, aun de las canoas. El caminante necesita pasar con cuidado para no sufrir algún terrible golpe.

Por tan incómoda vía y en tan incómoda embarcación seguíamos, cuando á lo lejos divisamos dos, al parecer, fantasmas; eran... dos pobres negros enteramente desnudos. Tristísima impresión me causó el ver á estos seres desgraciados en tan completa desnudez y miseria. Al poco tiempo llegamos á San Joaquín. Allí vimos no ya dos, ni tres, sino muchísimos negros como los dos anteriores. Almorzamos un poco, y habiendo encontrado los cargueros necesarios para llevar el equipaje hasta el río próximo por donde habíamos de navegar, arreglamos nuestros hábitos y emprendimos la marcha en el caballo de N. P. S. Francisco. No transcurrió mucho tiempo cuando, para hacer más penoso tan intransitable y áspero camino, comenzó á caer una fuerte lluvia. El camino se puso como V. R., conocedor de estos parajes, puede suponer. Mas ¿qué hacer? Era necesario seguir adelante, ya que no se encuentra en todos aquellos lugares ni una choza donde guarecerse. Contentos y alegres seguimos, pues, la marcha con el hábito calado por completo, el barro hasta las rodillas, considerando que ya empezábamos á gustar los trabajos del misionero. Tanto estos trabajitos como el sudor copioso en que estábamos empapados, lo ofrecimos, lle-

nos de júbilo, al Señor, como primicias de nuestro apostolado.

En tal estado llegamos al *ranchito* del Guineo, expuesto á los cuatro vientos, sumamente húmedo, donde encontramos unos cuantos negros, vestidos como los que dejamos atrás, que nos sirvieron de compañía en aquella tarde y noche. ¡Algunas horas tuvimos que estar oyendo su molesta algarabía! Todos querían hablar al mismo tiempo, y quizás, hablando tanto y tan alto, nadie se entendía. Un momento hubo de intervalo; cesó la general vocería para oír la contienda que se suscitó entre dos *morenos*: la cosa no podía ser más *peleaguda*. Prestamos atención, y versaba sobre un... apellido. Tanto disputaron, y se acalararon y gritaron, que era natural hubiera un fin correspondiente á la disputa. Pero... á Dios gracias, paró en nada. Ya de noche, uno de los negros se colocó en medio de todos, y rezó á su modo el *Angelus* y otras oraciones, concluyendo con el *Ave María purísima*, repetido muchas veces. Sus compañeros (y nosotros, que nos asociamos para alabar á María), formando dos alas, respondían á las oraciones del fervoroso cristiano, que de tal manera conservaba las piadosas costumbres que dejaron los españoles en estos países.

Una vez terminadas las oraciones, comenzaron á disponerse para pasar la noche: quién traía gruesos palos, quién anchas hojas, quién, en fin, iba arreglándolo todo para descansar libres, á lo menos de la humedad del suelo. El arreglo no podía ser más sencillo: colocados los troncos, de manera que hubiera algún hueco entre el suelo y el colchón de hojas que colocaron sobre los troncos, echáronse todos en fila, dejando caer sus cabezas sobre un brazo que les servía de almohada. ¡Así duermen siempre los infelices! ¡Qué lástima, R. P., nos inspiraba aquel cuadro tan ordinario, pero tan expresivo! ¡Más expresivo, más conmovedor, cuanto más se repite! No habían aún conciliado el sueño, cuando un ejército de *zancudos* se presentó, dispuesto á impedir el sueño de mis compañeros. V. R. sabe bien lo divertidos que son los negros, y los ademanes de risa ó llanto con que suelen expresar sus sentimientos. Así que ¡figúrese el alboroto que armarian! Apenas sentían el finísimo aguijón del *zancudo* en sus nada delicadas, pero sensibles carnes, llevábanse la mano á la parte dolorida, con tal ruido, que toda la multitud de *zancudos* y la multitud de negros parecía que se azotaban mutuamente.

Pasada aquella noche memorable, á las seis de la mañana entramos en la quebrada del Guineo, más ancha y profunda que la primera. A las tres horas estábamos ya en el río Calima. En el pueblo del mismo nombre nos vimos obligados á permanecer dos días para buscar canoa y demás cosas de que teníamos necesidad. Como era día de fiesta el en que llegamos á Calima, deseábamos celebrar la santa Misa; pero desgraciadamente faltábanos algo; por lo que aquel día no nos fué posible. Mas el Señor nos deparó lo que faltaba y pudimos ofrecerle el santo sacrificio los dos siguientes días.

Muy pronto se supo en todos estos lugares que estábamos en Calima y que había Misa en el pueblo. De todas partes acudieron con prontitud, que nos causó consuelo abundante, á confesarse y oír Misa. Durante la

elevación cantaron varios himnos á Jesús Sacramentado; mas con tales voces y tan desentonadas, que, á no considerar lo solemne de la ocasión, y la sencillez con que cantaban, nos hubiera causado grande risa. Comulgaron veinte personas.

Como el segundo día que me hallaba en Calima era festivo, creí que asistiría mucha gente tanto á la Misa como al rezo del Rosario; pero me engañé. Las personas que tienen sus humildes viviendas en la parte superior del río, habían estado acompañando á un pobre hombre que murió aquella noche picado por una víbora. Cuatro *curanderos* le asistieron, aunque inútilmente. Me dijeron que la casa del difunto estaba atestada de gente de todas las cercanías, y que era costumbre entre ellos,

detuvimos el tiempo suficiente para visitar su pobre iglesia. Hecha esta visita y embarcados de nuevo, no tardamos en entrar en el impetuoso río de San Juan.

La primera noche que hicimos en este río, dormimos en casa de un negrito que se nos mostró amabilísimo. Al entrar en la casa vi que en uno de sus aposentos ardían algunas velas; admiróme tanto, que no pude resistir al deseo de interrogar qué significaba aquello. «Las han encendido, me dijo uno de la familia, los devotos de San Antonio de Piedra.» Oyendo esto, volví á interrogarle qué quería decir con esto. A lo que me replicó, que sus antepasados, en tiempo de los españoles, trabajando en las minas habían encontrado en ellas un San Antonio de piedra, y que lo reputaban y veneraban



AUSTRALIA.—Vista de los alrededores de Sydney. (Pág. 300) ☐

cuando alguno moría, acompañar á los dolientes hasta sepultar el cadáver. Esta fué la causa de no haber sido más numerosa la concurrencia. Sin embargo, á las pocas personas que estaban presentes les dirigí una breve plática. ¡Pobres gentes! ¡Con cuánto gusto venían, aprovechando la ocasión, para cumplir con la Iglesia! Hasta en sus rostros se pintaba la insólita alegría que inundaba sus corazones. Ni fué menor la satisfacción que experimentábamos nosotros al ver, terminada la Misa, como desfilaban en sus ligeras canoas siguiendo el curso del río, ó yendo contra corriente.

En este mismo día nos trajeron la canoa en que debíamos ir hasta San Pablo. Arreglamos nuestras cosas, é inmediatamente nos embarcamos para continuar el viaje. Al poco rato llegamos á Palestina, donde sólo nos

como á formado por el cielo. Movidó por la curiosidad, me acerqué á examinar la milagrosa Imágen. Toméla en las manos, y vi que ciertamente era de piedra. Cuando tienen alguna necesidad acuden á San Antonio de Piedra, prometiéndole una esperma, y después que han obtenido lo que deseaban y pedían, van á cumplir su promesa. El día que salimos de la casa encontramos algunas personas que iban de lejos con dicho piadoso fin. Para estimular aun más la fe y devoción de aquellos pobres al Santo de los milagros, le compuse un altarcito lo mejor que pude, y ante él, reunidos los de la casa y vecinos, rezamos el santo Rosario.

En la subida del San Juan empleamos siete días. Por la noche descansábamos en alguna casa; rezábamos el Rosario, y procurábamos instruir aquellos ignorantes

hermanitos nuestros. ¡Qué consuelo, R. P., siente el misionero al ver como aquellos semisalvajes juntan las manos y doblan sus rodillas para alabar á la Santísima Virgen!

Los habitantes del San Juan y de los demás ríos que he visto son de color, aunque también hay algunos indios. Unos y otros se cuidan poco de la decencia; pero los indios más particularmente. Mas caso hacen de sus pinturas, y con esto se contentan. Acostumbran estos desgraciados á pintar su cuerpo negro y rojo, y colocan en sus orejas unos palitos, ¡pobres! ¡qué figura tan bella hacen con tan extraños adornos! Poco antes de llegar al pueblo de San Pablo vimos una hermosa canoa, con banderas, cintas de colores, flores, etc., y oímos los instrumentos músicos del país; lo que nos hizo suponer que se celebraba alguna fiesta. Y no nos engañamos: celebraban una boda; pues encontramos luego á los novios y su lucida comitiva, todos tan pintiparados y elegantes que en nada se parecían á los que no tomaban parte en el casamiento y á lo que ellos mismos eran dos horas antes. Entramos en San Pablo el 16 de Enero, todos con entera salud. En este pueblo nos reunimos con el P. Buenaventura de Pupiales y Fr. Crescencio de Cirauqui pues al saber nuestra llegada, bajaron de Tadó, donde habían permanecido algún tiempo, para incorporarse con nosotros, y marchar juntos á Quibdó.

Sin detenernos, el mismo día que llegó el P. Buenaventura dispusimos lo necesario para pasar el istmo de San Pablo. A las once nos pusimos en marcha, y á las tres horas llegamos al Tambo, donde comienza la quebrada que conduce al río Quito. En el Tambo nos embarcamos otra vez: y no habíamos caminado mucho cuando una lluvia continua, á más de molestarnos, no dejó de causar sus efectos terribles: al otro día tres de mis compañeros, el P. Matías, Fr. Bruno y Fr. Hilario, tenían ya la fiebre. Les acomodamos como pudimos para el corto trayecto que nos faltaba, bajo unos viejos ranchos que pudimos encontrar, y así continuamos aquel día y el siguiente hasta las diez de la mañana, en que los peones gritaron: «¡La lancha, la lancha!» Era la lancha de la Misión, en la que venía nuestro bondadoso superior el R. P. Gregorio de Caserras, quien, á pesar de sus enfermedades, venía á nuestro encuentro. Tan pronto como llegó, pasamos á bordo: saludamos á nuestro querido Padre Presidente y á otros señores que le acompañaban, y seguimos adelante, ya más cómodos, hasta Quibdó, donde nos abrazamos con nuestros compañeros de Misión á las doce de la mañana.

Hace algún tiempo que quería escribirle esta carta; pero, bien á mi pesar, no me ha sido posible. Desde el segundo día de la llegada caí enfermo de lo que aquí llaman la *chapetonada*, que me duró más de un mes. El 27 del pasado llegaron los ejemplares y abnegados Hermanos Maristas, que ya antes habían dirigido las escuelas de niños, dejando gratísimos recuerdos. ¡Dios les conceda salud, para que permanezcan haciendo el bien en la juventud!

ATHABASKA-MACKENZIE (Canadá)

Los buscadores de oro.—Hambre

Todo cuanto dice relación con las minas ó yacimientos de oro de Alaska tiene verdadero interés y actualidad: gustosos publicamos, pues, la siguiente correspondencia del Ilmo. Grouard, vicario apostólico de Athabaska-Mackenzie, advirtiéndole antes que el territorio de Alaska depende en lo religioso del citado vicariato.

Los detalles que comunica el venerable Prelado es posible contribuyan á calmar esta funesta locura que, á pesar de los sabios y prudentes avisos de la mayor parte de los Gobiernos europeos y últimamente de M. Barthou, ministro del Interior en Francia, arrastra millares de infelices emigrantes hacia estas poco menos que inhabitables regiones, donde es probable que en vez de la fortuna encuentren la miseria y la muerte.

I

DESPUÉS de ordenar todas mis cosas en la Misión de la Natividad, preparábame á emprender la marcha el día primero de Septiembre, cuando vino á sorprendernos una flotilla de buques de gran porte que, atestados de pasajeros, cruzaban el lago de Athabaska. Creímos serían comerciantes que vendrían á competir con la Compañía en el comercio de pieles. Muchos son los que han venido á establecerse en este país y hacen encarnizada guerra á los antiguos comerciantes, cuyo predominio ó autoridad ha sido despreciado en absoluto y cuya gloria han eclipsado los recién llegados.

Fuimos á ver quiénes eran los que llegaban en la flotilla, y vimos ingleses del Canadá, algunos franceses, yankees de Chicago y de New York, irlandeses, alemanes, italianos...

Es preciso reconocer que para los habitantes del Norte, acostumbrados á una existencia monótona y á una soledad casi completa, la súbita aparición de tantos extranjeros debía producir y de hecho produjo una sorpresa no desprovista de inquietud. ¿Qué acontecía en el viejo mundo? ¿Por qué esta invasión en una comarca hasta el presente poco menos que desconocida, desierta, inhospitalaria, cubierta durante ocho meses del año por espesa capa de nieve y hielo, y en la cual el escaso número de habitantes que la pueblan logran á duras penas defenderse contra el frío y contra el hambre?

Dirigime al encuentro de los recién llegados y les pregunté:

—¿Dónde vais por estas tierras?

—Venimos á *minar*.

—¿Hacia qué parte? por aquí no existen minas.

—Nosotros vamos á las minas de Klondyke.

—¿Y qué es esto de Klondyke?

—Un pequeño riachuelo que corre por la comarca de Youkon, en el cual se encuentra oro á montones.

—¡Ah! ¡queréis ir á Youkon! ¡infelices! ¿qué camino tomáis?

—Queremos bajar por el Mackenzie, hasta encontrar el Peel's River, y luego recorrer la distancia que lo separa de las orillas del Porc-Epic, afluente del Youkon.

—Lo sentiría, pero temo que llegáis demasiado tarde para poder realizar este viaje.

Así fué como llegó hasta nosotros la noticia del descubrimiento de las minas de oro de Klondyke. Luego

hemos sabido que un considerable número de mineros se dirigen hacia aquel lugar por el Océano Pacífico, por Juneau-City, por Dyea y también por Chilcoot Pass. Este último camino está lleno ó mejor obstruido por la muchedumbre y por el número enorme de equipajes que están extendidos al pie de la montaña por la cual es preciso pasar. Dícese también que las provisiones no pueden transportarse con rapidez igual á la que se han transportado los hombres, y por consiguiente que el hambre pronto vendrá á diezmar la población siempre creciente de esta nueva ciudad, llamada Dawson-City, que acaba de nacer á las orillas auríferas de este río como nacen los hongos en los bosques. El número de sus habitantes hácese ascender en la actualidad á diez, veinte ó treinta mil. Todo esto paréceme fantástico sueño, y sin dificultad imaginárame que todo el mundo ha perdido el juicio si no conociera el poder de esta pasión llamada con tanta exactitud por el poeta latino: *auri sacra fames*. De continuar así, antes de un año el número de mineros pasará de cien mil.

Ante esta inverosímil multitud de emigrantes, lo que más me inquieta y conmueve es que los terrenos auríferos á las cuales se dirigen están situados en la parte más desierta y hasta hoy la más inaccesible de mi vicariato.

Considerad, pues, la situación de este pobre vicario apostólico, el cual hasta el presente debía evangelizar no más que algunas tribus salvajes, y que de repente se halla ante tan extraordinaria invasión.

Salí del lago de Athabaska el primero de Septiembre, día en que marchó también la flota de mineros. Los repetidos temporales que acompañaron nuestra travesía por el Lago de los Esclavos prolongaron varios días el viaje, hasta que por último el 14 de Septiembre llegamos á la Providencia en medio de una deshecha tempestad de viento y nieve. A varios salvajes que estaban acampados á lo largo del Mackenzie llenos de zozobra el paso de la larga cadena que formaban las embarcaciones que conducían á los emigrantes. Uno de ellos corrió á la Misión y dijo:

—Seguramente será esta una escuadra que viene para enseñorearse del país.

Yo lo animé diciéndole que eran mineros que se dirigían á Youkon.

Al oír esta noticia echóse á reír, y me preguntó si lo decía en serio, pues hacíasele muy difícil llegar á creer que personas en pleno uso de sus facultades mentales viniesen de tan lejanas tierras á establecerse en un país inhospitalario para recoger polvo amarillo: con todo, alegróse vivamente al saber que ni él ni los suyos tenían nada que temer de aquellas gentes.

En la Misión todo el mundo está asombrado por el descubrimiento de las minas de Klondyke, y por la locura de las gentes que como inmenso alud han caído sobre nuestro país.

El Mackenzie empezaba á arrastrar en su corriente grandes témpanos de hielo que extendíanse de una á otra orilla, cuando por más que parezca increíble, vimos aparecer diez barcos llenos de mineros que dirigíanse también á Youkon. ¡Pobres gentes! no podrán alejarse mucho. El frío continúa, y va cubriéndose el

río de espesa capa de hielo, entre cuyas garras queda prisionera la flota. Afortunadamente los viajeros llevan provisiones de boca para más de un año. Consumirán la mayor parte, pues antes de que puedan proseguir su viaje habrán ya transcurrido ocho largos meses. ¿Qué les quedará después de este tiempo para llegar hasta Youkon?

Lo que más me conmueve es ver que estos desgraciados buscadores de oro encuéntranse desprovistos por completo de calzados, mitones, etc., es decir, de un sinnúmero de objetos indispensables en esta tierra de nieve. Todas las estufas que llevan á bordo están constantemente encendidas, y véseles á todos colocarse al rededor de ellas y con ambas manos golpearse los costados, para así comunicar algún calor á sus ateridos miembros. Cuando los hielos impiden su viaje bajan á tierra y cortan árboles, forman chozas y debajo de ellas se cobijan. ¡Pero todos ellos ignoran lo que son nuestros largos inviernos, durante los cuales el termómetro marca cuarenta grados bajo cero!

II

Este año la Misión de Athabaska-Mackenzie está sufriendo una terrible prueba. La caza menor, que constituye en gran parte la base de la alimentación de estos pueblos, ha desaparecido completamente. Las liebres que hace dos años cazábamos en gran número, hoy no se encuentra una sola. Siguiendo la ley que estableció Dios en estas tierras, cada diez años hay una multiplicación prodigiosa, seguida de una casi completa desaparición de este útil animal. Sólo algunos ejemplares sobreviven al azote que hiere periódicamente esta raza, y ellos son los encargados de la reproducción. Dado su naturaleza excepcionalmente prolífica ésta se logra en muy breve tiempo. Pasados tres ó cuatro años podremos nuevamente contar con este importante factor en el presupuesto culinario; pero en la actualidad brilla por su ausencia.

Efecto de ello, nuestros pobres salvajes sufren mucha hambre. Ya el próximo pasado invierno numerosas familias viéronse expuestas á los horrores de la escasez, y si la Compañía de la bahía de Hudson, varios comerciantes y nuestras Misiones no hubiesen socorrido estos desgraciados hambrientos, la población indígena hubiera quedado diezmada por este azote.

El hambre es ciertamente horrible en todos los países del mundo; pero tengo para mí que en estas tierras polares es aún más dolorosa. Un frío mortífero la acompaña. En otras comarcas la naturaleza muéstrase, por decirlo así, compasiva: aquí cierra sus entrañas, y sólo muestra su faz completamente helada. ¡Ay! ¡cuán triste es ver hombres, mujeres y niños, sosteniendo esta terrible lucha por la existencia, atacados á la vez por una temperatura de 40 grados bajo cero y por el hambre, que no deja, como último recurso, más que un pedazo de nieve derretida!

Mucho temo que los mineros de Klondyke compartan este invierno tan horribles privaciones pues es imposible transportar, sin haber nada previsto ni preparado, la cantidad de víveres necesaria, y en este país no encontrarán nada con que suplir la carencia de éstos.

LOS PADRES MISIONEROS DE FILIPINAS

A continuación publicamos el texto íntegro de la interesantísima *Exposición* que los Padres misioneros de Filipinas han dirigido al excelentísimo señor Ministro de Ultramar.

EXCMO. SR. MINISTRO DE ULTRAMAR:

Los Superiores de las Corporaciones de Agustinos, Franciscanos, Recoletos, Dominicos y Jesuitas, establecidas en Filipinas, cumpliendo lo ofrecido en telegrama presentado al excelentísimo señor Gobernador general Vicerreal patrono el día 1.º de los corrientes para que se transmitiera oficialmente á V. E., lo cual dicha superior Autoridad ha efectuado, según se sirvió participarnos, tenemos el honor de elevar esta exposición á Su Majestad el Rey D. Alfonso XIII (que Dios guarde), y en su real nombre á Su Majestad la Reina Regente D.ª María Cristina, al Presidente y Vocales del Consejo de Ministros de la Corona, y muy especialmente á V. E., como Ministro de Ultramar, á quien directamente, según ley y costumbre, la dirigimos, para que á su vez se digne ponerla en conocimiento de las altas personalidades antes mencionadas, é incluso, si lo estima conveniente, de la nación entera, debidamente congregada en las Cortes del reino.

Y al redactar esta Exposición, unidos en un alma y un corazón como fieles hermanos, los Religiosos de las Corporaciones de antiguo existentes en el país, nos cabe la honra en primer término de cumplir respetuosamente el deber gratísimo de reiterar nuestra tradicional adhesión al Rey, á su Gobierno, á las Autoridades todas de la patria, á las cuales, por fuero de conciencia, que es el más fuerte vínculo del hombre, hemos tenido siempre á gloria mantenernos sumisos y obedientes, procurando incesantemente y en todos los terrenos, desde nuestra respectiva esfera de acción, cooperar con toda clase de esfuerzos al mantenimiento del orden público en Filipinas, á su legítimo y santo progreso, al desarrollo de sus intereses intelectuales y aún materiales, y de modo muy especial á la propagación y conservación de las divinas enseñanzas del Catolicismo, al fomento de las buenas costumbres y al afianzamiento de los prestigios morales, única fuerza que hasta ahora ha sido el gran lazo de unión de estas hermosas tierras con su cariñosa madre la metrópoli.

Motivo de esta Exposición.

Y en verdad, excelentísimo señor, que si las circunstancias en extremo difíciles por que atraviesa la dominación española en el Archipiélago, y la acerba campaña (mejor dicho, conjura) de difamación y proyectos antimonásticos, provocada contra nosotros principalmente desde que estalló la insurrección, no nos obligaran á hablar, muy gustosos dejaríamos á los políticos ocuparse en los problemas que afectan á este país, y nos mantendríamos en el silencio que viene siendo nuestra norma de conducta ha ya muchos años, no hablando sino cuando oficialmente hemos sido preguntados, celosos con esa manera de retraimiento de evitar la nota que tantas

veces, con sobrada ligereza ó malicia, se nos ha imputado, de que nos inmiscuíamos en el gobierno temporal de estas islas.

Hora es ya de que, como fieles patriotas y constantes mantenedores del señorío español en Filipinas, rompamos ese silencio, para que nunca, ni como Religiosos, ni como súbditos de España, se pueda con motivo decir de nosotros la terrible acusación del Profeta: *Canes muti non valentes latrare*. Hora es ya también de que salgamos en defensa de nuestra honra, de muchos modos atrozmente mancillada, de nuestros prestigios conculcados, de nuestro santo y patriótico ministerio, en fin, que ha sido objeto de las más terribles calumnias y de las más incalificables acusaciones. Que si las personas privadas pueden alguna vez hacer generosa renuncia de su buen nombre difamado, ofreciendo á Dios el sacrificio de lo que más estima el hombre culto, eso jamás y en ninguna forma es lícito, conforme enseñan los santos Doctores de la Iglesia, á las personas públicas, á los Prelados, á los Superiores, á las Corporaciones, que tienen necesidad de defender y conservar su prestigio, su crédito y fama, para cumplir dignamente sus respectivas funciones. Una Corporación religiosa desacreditada y públicamente denostada, es en su línea una nación cuya bandera se insulta ó cuyos derechos se desconocen: morir debe luchando por su honor, antes que consentir que se pisotee su buen nombre, y que sus derechos no sean reconocidos y acatados.

Desamparo de las Corporaciones religiosas, y su paciencia y prudencia en estas circunstancias.

Cierto que podrá calificárenos de precipitados é imprudentes al dirigirnos hoy á las altas representaciones de la patria. Hemos aguantado pacientemente que los masones y los filibusteros, francos ó embozados, en periódicos, en clubs, en públicas reuniones, nos hayan estado injuriando y vilipendiando hace más de diez y ocho meses, atribuyéndonos la culpa de la insurrección, y deshonorando nuestras personas y ministerios con los más injustificados ataques, vaciados en su mayoría en el troquel de la demagogia y del librepensamiento. Hemos soportado con mansedumbre cristiana que multitud de personas que han residido más ó menos tiempo en las islas, hayan vuelto á la Península haciendo tan poco honor á nuestro hábito y profesión, que si en vez de ser Religiosos hubiéramos sido seglares, y en vez de Corporaciones eclesiásticas se hubiera tratado de Corporaciones civiles ó militares, se hubiesen abstenido (bien seguros podemos estar de ello, y pruebas hay elocuentes á diario de este aserto) de hablar mal de nosotros, porque los medios eficaces que ellos suelen poner en práctica les hubieran atado la lengua, y les habrían hecho reconocer su ligereza y su injusticia poniendo vigoroso correctivo á sus expansiones.

Los Religiosos no tenemos espada; no podemos pronunciarnos; no lucimos entorchados; no pertenecemos á Corporación cuyos individuos tomen parte en el gobierno de la patria ó en altas entidades de la misma; no somos ni militares ni funcionarios de la carrera judicial administrativa; ni mandamos fuerza á ningún partido ó político; ni intervenimos en elecciones; ni formamos (porque la conciencia nos lo veda) grandes federaciones

que se hagan temer; ni excitamos al pueblo, sino para que obedezca y sea sumiso á todo poder constituido. No podemos en determinados casos repartir destinos, ofrecer ascensos y recompensas; ni tenemos á nuestro lado nutrido cortejo de amigos ó aduladores, que por su personal conveniencia nos defiendan, y sean los ciegos paladines del general, del político, del alto dignatario, del opulento banquero. No mandamos tampoco en la prensa, ni tenemos núcleo de adictos partidarios que por nosotros metan bulla y sobreexcién la llamada opinión pública. Carecemos, en una palabra, de todos cuantos medios sirven en la vida pública moderna para ser respetados y temidos, para influir en la nación y hacer que

Solos, con nuestra razón y nuestro derecho, aunque con la conciencia satisfecha de haber cumplido siempre, pero *siempre*, nuestros deberes, de haber sido tanto ó más patriotas como el mejor, y de haber llenado las obligaciones de nuestro sagrado ministerio, hemos soportado en silencio y con toda paciencia, siguiendo el consejo del Apóstol, que se nos insultara y vilipendiara, incluso por personas á quienes habíamos ofrecido con cristiana sinceridad nuestro cariño y obsequios, incluso por personas que diciéndose muy católicas, pero que contagiadas, acaso, con el jansenismo práctico de algunos reformistas de ahora, olvidan la sentencia de aquel gran emperador cristiano que dijo que si viera á un sacerdote



MANILA.—Embarque de emigrantes para una fábrica de tabacos

se emboten contra nosotros todos los tiros de la maledicencia ó la ignorancia.

Los Religiosos de Filipinas, alejados de Europa, solos en sus ministerios, esparcidos hasta por los últimos rincones del Archipiélago, sin otros compañeros y otros testigos de sus trabajos que sus amados sencillos feligreses, no tienen más defensa que su razón y su derecho, los cuales, si están basados en justicia y en ley y tienen en su abono la protección de la divina Providencia, que misericordiosamente no nos ha faltado hasta ahora, y esperamos que no nos faltará en adelante, no tienen, sin embargo, en su favor (ni jamás, aunque pudiéramos, los usaríamos), esos poderosísimos auxiliares modernos que tanta boga alcanzan y tanto éxito en sociedades en las que, resfriados los grandes sentimientos cristianos, la razón no se escucha fácilmente, si no va pertrechada con la fuerza de los cañones, ó con el blindaje de la alta banca, de las grandes agrupaciones políticas ó de los temibles movimientos populares.

caído en algún desliz, le cubriría con su capa antes que publicar su flaqueza.

Solos, con nuestra razón y nuestro derecho, y creídos de que al fin la razón se abriría camino, y que brillaría la luz tras de las espesas tinieblas acumuladas por el odio de secta, por el espíritu separatista y por la ligereza, envidia y falso celo de algunos, hemos sufrido que en el Parlamento se hicieran el año pasado indicaciones poco honrosas á las Ordenes; que se afirmara, no sólo en privado, sino en centros de mucha resonancia y por personas de gran séquito en la política militante, que los prestigios Religiosos de Filipinas estaban de tal manera quebrantados, que era preciso sustituirlos con la fuerza armada; que se propalara como una censura deshonrosa para un gran político, sacrificado por el anarquismo, el haber acudido á las Ordenes en busca de luz y consejo para los asuntos filipinos; que en una Memoria elevada al Senado se nos dirigieran, así como á un dignísimo Prelado, graves acusaciones, aun-

que veladas con ciertas apariencias de imparcialidad y suave corrección; que un día y otro se clamara en diferentes tonos y con mayor ó menor crudeza, por que se reprodujera en las islas el período histórico peninsular de 1834-40, y porque se adoptaran con nosotros medidas tan radicales que no se toman, ¡y da vergüenza el consignarlo! ni con los centros de pública inmoralidad, ni con las Sociedades y empresas que no tienen otro fin que descatalogar á la nación y sembrar en ella los gérmenes de todos los trastornos sociales.

Por qué han guardado hasta aquí silencio

Creíamos y pensábamos que para personas discretas y buenas debería bastar nuestra cordura y largo silencio, adornado de los caracteres de prudencia y unanimidad que deben tener siempre los Institutos religiosos, para que desde luego rechazaran esas acusaciones y formasen juicio de que no hacían mella en nuestro crédito y prestigio esos repetidos ataques. Supusimos que esa campaña de diatribas y reproches se desvanecería por fin como nube de verano, formada con los humos de las fraguas de la Masonería y el filibusterismo.

Pero la tormenta, en vez de disiparse, parece tomar incremento cada día. La paz de Biana-bató ha vuelto á poner en boca de muchos la astuta afirmación, hecha ahora por los cabecillas, de que los Institutos regulares han sido la única causa de la insurrección. El carbonario *Katipunán*, que como terrible plaga sigue extendiéndose en las islas, ha fijado por orden de su gran Oriente, entre los primeros artículos de su programa de odio de raza, la extinción de los Religiosos. En la Península y aquí, los masones y cuantos de un modo ú otro los secundan, han recrudecido su guerra contra nosotros. En Madrid se han publicado manifiestos en los que, abusando del nombre de Filipinas, se piden medidas grandemente deshonorosas y vejatorias para el clero; y hasta en el Ministerio de Ultramar, siquier oficiosamente, han logrado introducirse personas que, perseguidas como infidentes por los tribunales, no ocultan su animadversión á las Corporaciones religiosas. Y si en vista de todas estas circunstancias continuáramos callados, nuestro silencio se tomaría con razón por cobardía ó argumento de culpabilidad, nuestra paciencia se calificaría de debilidad, y hasta las personas sólidamente católicas y sensatas, que reconocen lo injustificado de los ataques que se nos dirigen, podrían con motivo discurrir que estábamos manchados, ó que habíamos llegado á tal estado de postración que impunemente se nos podía atropellar y conculcar, como si en realidad de verdad fuéramos entidades viejas y podridas cuya decadencia es próximo síntoma de muerte.

Præsumo mori, quam fœdari, dijeron los antiguos; y los fidelísimos Macabeos: *Más vale morir en el combate que ver el exterminio de nuestra nación y del santuario*. Mientras las Corporaciones existan, tendrán á gala, como es su deber, repetir con San Pablo: *Quamdiu sum Apostolus, ministerium meum honorificabo*. Hemos procurado honrar siempre nuestro ministerio, y lo seguiremos honrando ahora y en lo sucesivo, con la gracia de Dios, que confiamos no nos ha de faltar; y por eso no vacilamos en dirigirnos hoy á los altos Poderes

de la nación, abrigando la confianza de que si somos pobres y desvalidos, y no tenemos otro amparo que nuestra limpia historia, nuestra honra inmaculada y nuestros indiscutibles derechos, hablamos á personas en quienes la ilustración y la sensatez se hermanan con la hidalguía de sentimientos, siempre pronta á atender principalmente al pobre y al débil, y en quienes el respeto y cariño á las instituciones católicas y al por tantos títulos glorioso y benemérito clero regular de Filipinas, las ponen á cubierto de las sugerencias de las sectas y de los prejuicios de los partidos anticlericales y separatistas.

Son perseguidas por su significación religiosa

¿Qué motivo han dado las Corporaciones religiosas de Filipinas para ser con tanta saña perseguidas? ¡Ah! excelentísimo señor, ese motivo no es otro que el ser muy católicas, el ser muy españolas, el ser eficazmente sostenedoras de la buena y sana doctrina, y el no haberse jamás mostrado débiles con las enemigos de Dios y de la patria.

Si los Religiosos no defendiéramos aquí con fortaleza inquebrantable la obra secular que nos legaron nuestros padres; si nos hubiéramos encogido de hombros ante el trabajo de las logias y ante la propaganda de errores religioso-políticos que de Europa nos han venido; si hubiéramos dado la más insignificante muestra, ya que no de simpatía, por lo menos de muda pasividad, á los defensores de las falsas libertades modernas, condenadas por la Iglesia; si se hubiera entibiado en nosotros la llama del patriotismo, y en cada Religioso filipino no hubieran encontrado los novadores un intransigente y terrible adversario de sus planes, francos ó embozados, jamás, excelentísimo señor, las Corporaciones religiosas hubiéramos sido objeto de la encarnizada persecución que se nos hace; sino que, por el contrario, los regulares hubiéramos sido puestos en las nubes, tanto más cuanto que no ignoran nuestros enemigos que, dada la influencia que gozamos en el Archipiélago, nuestro apoyo, siquiera pasivo y de mero silencio, les hubiera dado indiscutiblemente la victoria.

Pero saben ellos que nuestra bandera no es otra que el *Syllabus* del gran Pontífice Pío IX, tantas veces confirmado por León XIII, donde tan enérgicamente se condena toda rebelión contra las potestades legítimas; saben que, amantes de la única verdadera libertad, la cristiana, antes moriríamos que consentir, en la parte que nos atañe, que se falte en lo más mínimo á la pureza de las infalibles enseñanzas católicas, á la santidad de las costumbres cristianas, y á la fidelidad integérrima debida á la nación española; y por eso nos aborrecen; por eso, paliada con diferentes nombres y pretextos, nos hacen tan cruda guerra que no parece sino que en Filipinas no tienen otro enemigo los masones y los filibusteros que las Corporaciones religiosas. Eso de tal manera nos honra, que muy bien podemos decir con el Príncipe de los Apóstoles: *Si sois infamados por el nombre de Cristo, seréis bienaventurados; porque la honra, la gloria y la virtud de Dios y su espíritu mismo reposa sobre vosotros*. (I Pet. iv, 14).

(Se continuará).

LAS REMINISCENCIAS DE UN MISIONERO

DE BASUTOLANDA

POR EL R. P. PORTE, OBLATO DE MARÍA INMACULADA

XVII Y ÚLTIMO

Profetas y profetisas.—Secreto para obtener conversiones.—Conclusión

DURANTE el tiempo que viví con los basutos hice investigaciones, interrogué á los misioneros y á los indígenas, y nunca pude convencerme de que hubiese entre ellos agentes diabólicos ó posesiones del demonio. Todo lo que los hechiceros, magos ó profetas hacen ó predicen puede explicarse humanamente.

Los profetas, llamados allí *motheke-theke* (posesos), son individuos de temperamento impresionable, histérico, ligero, muy nervioso. Por medio de bailes excéntricos al rededor de un sujeto, con acompañamiento de palmoteo, de cantos cadenciosos y repetidas amenazas, estos profetas producen el sueño magnético. El individuo sobre que operan cae al suelo, y en seguida lo conducen á una choza, en donde suponen habla con el hijo de la luz ó el padre de la salvación. Con frecuencia al despertar olvida todo lo que le dijo el espíritu.

Estos profetas al emprender sus campañas cúbrese la piel con una capa de ocre rojo y grasa. Una sarta de perlas finas y blancas les sirve de corona, mientras que un cordón puesto en aspa, pasando sobre un hombro y debajo del brazo, es el distintivo de la nueva creencia. Lo singular es que este ejército, compuesto especialmente de mujeres, es muy numeroso en el país, y aun los jefes tienen confianza en ellas. Llámanlas para la curación de las enfermedades, para obtener la lluvia, etc. El vicio y la crápula sacan su partido en las orgías de carne y de bebida que el espíritu prescribe siempre por boca de los profetas ó profetisas.

Ocurre que profetisas convertidas sienten todavía, al cabo de dos ó tres años, los efectos de sus antiguas convulsiones, y caen nuevamente bajo la influencia del «espíritu.» A sus desconsolados maridos que me pedían un remedio, les recomendé que empleasen el palo, el cual tiene la virtud de calmar los nervios y hacer que infaliblemente vuelva el espíritu á sus hogares.

Tales son las gentes con quienes tiene que vivir el misionero.

Cierto día estando de sobremesa, el gobernador del Cabo, sir Enrique Loch, preguntó al P. Lebihan:

—¿Cómo se las componen Vds. para convertir un pagano? ¿qué método siguen?

—Excelencia, contestó el humilde misionero, seguimos el método del Maestro; convertimos por la bondad.

Para atraer á los cafres groseros y paganos, ante todo hay que inspirarles confianza. Un día y otro día el caballo de la Misión está en marcha por montes y valles; tiene que pasar por todas partes, lo mismo sobre la resbaladiza roca que á lo largo de los precipicios, así por las pendientes rápidas como por los caminos arduos y frágiles: es preciso que el misionero lle-

gue á cada pueblo. Cuando se le conoce, se le ama, y á la estimación sigue la confianza. Para lograr este objeto se constituye también médico: con un botador arranca las muelas; con sal de magnesia purifica la sangre, y con ácido fénico lava las llagas. Algunos eméticos, un poco de sublimado y de pergaminato de potasa, y he aquí al misionero en estado de satisfacer á sus clientes, á quienes, por honorarios; invita á que acudan á su capillita á oír predicar el nombre de Dios.

El gran secreto, empero, de las conversiones, siempre es la gracia. El espíritu de Dios sopla donde quiere. Basutos hay que han frecuentado la iglesia de la Misión treinta ó más años y no quieren convertirse. Otros son catecúmenos desde quince ó veinte años, sin que se resuelvan á romper los lazos del pecado. Mientras que otro baja inesperadamente de sus montañas, es recibido catecúmeno, se le administra el bautismo, y truécase desde luego en el mejor de los neófitos.

Seguidme á una Misión donde todo está por crear, y os mostraré al misionero en su vivienda. Hace una puerta ó ventana para la capilla. Su mirada de vez en cuando se dirige á un rincón en donde tiene la olla al fuego. A lo mejor tiene que quitarse el delantal para responder á una consulta, leer un mensaje ó despachar una correspondencia. Aparece en la escuela, donde su presencia basta para conservar la disciplina. Cultiva y adorna su huerto, de donde saca la mitad de su subsistencia. Sentado á la sombra de un árbol, recibe á los visitantes á quienes regala, al par de los frutos de su huerto, una buena dosis de sermón. Si reviste su sotana, remendada y raída mucho tiempo ha, es para el servicio del Señor, para la oración de la mañana ó de la tarde, y para la enseñanza del Catecismo. De vez en cuando se pone en camino para visitar sus fieles, sin olvidar á los jefes. Para la comida puede servirle indiferentemente polenta de maíz, cabra ó buey; todo lo acepta, nada deja. Uno le sirve café en una taza casi llena de azúcar. Sea por Dios; esto compensa tantas otras veces en que el café no es otra cosa que agua sucia. Jefe hay que inmola una oveja, mientras otro sólo sirve á su huésped una bola negra y dura á que se da el nombre de pan de Matabele, y que para comerlo se necesita apriete mucho el hambre. Los más celosos de la etiqueta cederán su cama al misionero, tendiéndose á sus piés para protegerle, y éste dormirá como un bienaventurado después de larga excursión á caballo, sin cuidarse de los habitantes que hormigean en el lecho. Otras veces, empero, éste es el suelo desnudo en la roca de una caverna; su silla le sirve de almohada, y su impermeable de cobertor. Entonces, cuando vuelva á casa, forjará nuevos sueños de oro en su camastro de bálago. Cuando le visita un compañero hace un extraordinario, le comunica sus penas, sus conquistas y esperanzas, y todo termina con la confesión y el abrazo fraternal. En la casa vive solo, sin armas, en medio de salvajes todavía paganos; pero no teme, pues en su capillita arde noche y día una lámpara que dice al pasajero: «¡Detente: el Corazón de Jesús está aquí!»

Cuenta á veces con misioneros auxiliares, con abnegados catequistas: son éstos los Hermanos coadjutores



NUEVA GUINEA.—Asia Rauma, hijo del jefe Rama Kaima.
(Pág. 303)

ó bien los Religiosos de la Sagrada Familia. Entonces se trabaja triple, se obtiene triple número de conversiones, y la Misión adquiere mayor lustre á los ojos de los paganos. Todos los vestidos, lienzos para la iglesia y ornamentos que tienen lo deben á la Propagación de la Fe, por la que exhortan á los basutos cristianos oren con frecuencia. Algún dinero que les transmite su Obispo es debido á las limosnas que los cristianos de Europa remiten á la Obra de la Propagación de la Fe. ¡Oh, cuántas maravillas obran allá bajo, en las montañas de Basutolanda, los generosos asociados que ahorran, aun de lo que les es necesario, para acudir en auxilio de los misioneros! ¡qué preciosa recompensa obtendrán los bienhechores, que han puesto mil ó dos mil francos sobre la piedra de fundación de una iglesia ó convento, ó enviado candeleros, vasos sagrados, banderas y vestidos para las escuelas!

Y ahora, amables lectores de *Las Misiones Católicas*, si estas breves páginas han podido interesaros, regocijome de ello, pues las escribí para demostraros en algo mi gratitud. Dentro pocos años procuraré hablaros de los *batlapings* (gentes del pescado), de los *barolong*s (gentes del fuego), de los *bakhatlas* (gentes del carnero), de los *bakuenas* (gentes del cocodrilo), y de otras tribus bechuanas que hemos co-

menzado á evangelizar. Para llevar la fe á estos pueblos, que hasta hoy nunca oyeron hablar de la verdadera salvación y de la Iglesia católica, contamos siempre con vuestra caridad, que obrará aquí, en las llanuras arenosas y en los bosques Bechuanalanda, lo que ha hecho ya en Basutolanda. ¡Ojalá las oraciones fervientes de los asociados de la Propagación de la Fe nos atraigan obreros numerosos y decididos! ¡Que las limosnas incesantes de Europa nos permitan levantar templos y escuelas en todas las grandes ciudades cafres de Bechuanalanda! *Et venient ab Oriente et Occidente et recumbent cum Abraham in regno celorum.*

EN SYDNEY

POR EL R. P. VANDEL, MISIONERO DEL SAGRADO CORAZÓN DE ISSOUDUN

IV

Maravilloso desarrollo de la fe católica.—Sus causas

EL estado actual de la Iglesia australiana se resume en el Sínodo que terminó el día de nuestra fundación de Kensington. Veintitrés Obispos del continente halláronse reunidos bajo la presidencia del Cardenal arzobispo de Sydney, legado de la Santa Sede. ¡Cuán conmovedoras y venerables figuras entre aquellos apóstoles de la fe! Imposible recordarlas todas. No puedo, sin embargo, dejar de mencionar al Ilmo. Murphy, obispo de Hobart-Town, que ha cumplido ya su quincuagésimo año de episcopado australiano. El pontificado de este veterano del sacerdocio ha sido casi testigo de todos los progresos de la Iglesia en esas comarcas.

Las sesiones de este Concilio impresionaron singularmente á toda la población colonial. La unidad absoluta de la fe, el acuerdo perfecto sobre todos los puntos de doctrina, la libre discusión de las materias de disciplina, forman completo contraste con las disensiones de las sectas protestantes. Hallamos un eco del sentimiento general en un artículo de un periódico protes-

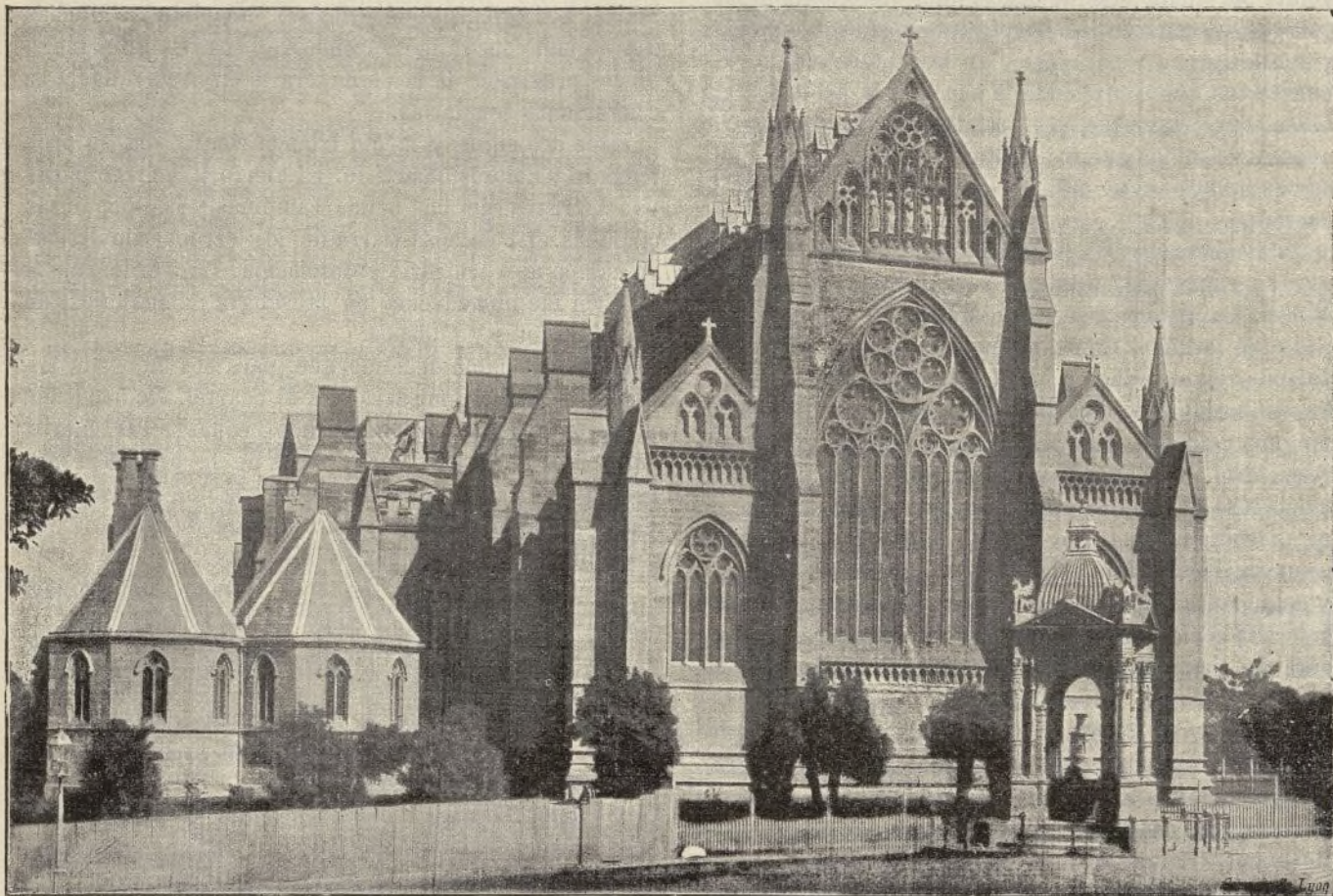


AUSTRALIA.—Administración de Correos en Sydney

tante de Sydney, del que damos el siguiente extracto:

«La sección católica romana de la población se felicita, con justo título, del esplendor del segundo Sínodo nacional. Prueba evidente del celo con que los jefes de esta rama de la Iglesia australiana cumplen su misión, lo es el hecho de que después de un corto período de la historia australiana, haya podido celebrarse semejante reunión de Prelados. Muchos de nosotros recuerdan aún los tiempos en que los únicos representantes de esta comunión eran un reducido número de misioneros. Quien

«Ningún temor abrigo, exclamó el eminente Prelado, sobre el porvenir de nuestra santa fe en mi patria adoptiva, si por lo menos nosotros, que somos los vivientes instrumentos de su acción, permanecemos fieles á nuestra vocación sublime. La Iglesia católica no es extranjera en esta tierra. Su reinado fué presagiado en este día de Pentecostés en que Quirós, valiente hijo de la caballeresca España, viendo de lejos perfilarse sus montes, dióle el nombre con que se enorgullecen hoy sus hijos: «la Tierra Austral del Espíritu Santo.» El sa-



AUSTRALIA.—Parte posterior de la catedral de Santa María en Sydney. (Pág. 302)

cincuenta años atrás hubiera osado predecir esta reunión habría sido objeto del público escarnio. Si el porvenir no desmiente el pasado, el Catolicismo romano tendrá capital influencia en nuestra vida nacional. Y fuerza es decir que sus progresos prometen ser cada vez mayores. Prenda de ello es la infatigable energía con que sus ministros cumplen sus deberes, y el éxito que responde constantemente á sus esfuerzos. Sus iglesias, como dice el Arzobispo de Adelaida, rebosan de fieles, y sus escuelas son insuficientes para los alumnos que las invaden. Todas las memorias leídas sobre el estado de las parroquias revelan satisfacción vivísima. ¡Cuán diferente es el tono de muchas otras ramas cristianas que nunca cesan de lamentarse de la apatía é irreligión de sus adeptos!»

Al efectuarse la inauguración del Sínodo, el ilustrísimo Gallagher pronunció un discurso que respira por completo la triunfante alegría y la entusiasta confianza que tanto llamaron la atención del periodista.

crificio de la Misa fué el primer acto del culto cristiano cumplido en el bosque secular. El *Vexilla Regis* fué el primer canto de Europa que hizo vibrar el aire libre de Australia. La santa cruz fué el primer estandarte de la civilización de Occidente enarbolado en suelo todavía virgen. Y en tanto que la gloriosa constelación plantada en nuestro cielo del Sur por la mano del Eterno, como el signo fatídico del imperio que Constantino vió resplandecer en el firmamento, verá en estas tierras vivir nuestro pueblo en la libertad y la luz, jamás la cruz, emblema sagrada del amor de nuestro Redentor, será hollada ó menospreciada por los verdaderos hijos de Australia!»

El estado actual del Catolicismo en esta región es materia harto vasta para que pueda circunscribirla á los límites de la presente Memoria.

Véome en la precisión de limitarme á la diócesis de

Sydney, y de reducirme á la escueta pero luminosa demostración de su estadística.

La diócesis de Sydney es una de las veintidós en que se divide el territorio continental. El grupo vecino de Nueva Zelanda con sus cuatro obispados, y los archipiélagos de Oceanía con sus seis vicariatos apostólicos, permanecen fuera de nuestras consideraciones. El clero de Sydney cuenta hoy ciento setenta sacerdotes, ó sea ciento cinco seculares y sesenta y cinco Religiosos. En sus escuelas y colegios ciento ochenta Hermanos dispensan la instrucción primaria ó secundaria á más de veinte mil niños. Más de ochocientas Religiosas prodigan sus desvelos en los hospitales, hospicios, escuelas y pensionados. Y para calcular la rapidez del movimiento con que se extiende la acción y la población católica, adviértase que en el período de nueve años, el número de niños que frecuentan nuestras escuelas ha aumentado de siete mil trescientos, y el de fieles, de cuarenta y dos mil.

A la cabeza de esta floreciente archidiócesis de Sydney se encuentra, desde 1884, S. Ema. el cardenal Moran. La historia ofrece pocos ejemplos de un episcopado tan fecundo. Constantemente en la brecha para defender los derechos y los dogmas de la Iglesia, el valiente Cardenal no deja pasar ningún reto sin recogerlo, ninguna calumnia sin confundirla, ningún ataque sin rechazarlo. A su vez lleva la guerra á las trincheras enemigas. La opinión pública se interesa vivamente en estas controversias. Los periódicos llenan con ellas sus columnas; los lectores siguen con emoción el combate, y aplauden las oportunas réplicas. El Cardenal es considerado como el más temible de los justadores que entran en liza. Aplicase constantemente á levantar los muros del templo cuyos baluartes defiende tan victoriosamente. No transcurre semana sin que inaugure una iglesia ó una escuela, bendiga una fundación nueva, presida una reunión ó sostenga una obra con su palabra y su concurso. Dará idea de su actividad el decir que durante los doce años de su episcopado, ha introducido é instalado en su diócesis doce Congregaciones religiosas, y ha construido el Seminario de Manley, que quizá no conoce rival en Europa por la magnificencia. Este edificio tiene por cimientos el alto acantilado que por una parte cierra el puerto y por otra hace frente al Océano, anunciando dignamente á los viajeros la grandeza de Sydney y el triunfo de la Iglesia católica. Inaugurado cuatro años ha, alberga ya en sus muros setenta y dos jóvenes levitas, que se preparan á reforzar las filas del clero australiano.

Terminemos esta sucinta reseña con las palabras del escritor protestante ya citado:

«El siglo XIX ofrecerá pocos acontecimientos más asombrosos que el crecimiento de la Iglesia romana en los Estados Unidos y en Australia. Aquí la Iglesia no sólo se ha desarrollado en dimensión, sino que también se la puede señalar como la institución más imponente y mejor ordenada del país.

«Todo extranjero que visita á Sidney y quiere satisfacer su curiosidad recorriendo el puerto, después de haber visto el palacio y el Seminario de Manley, el pensionado de Rose-Bay, la majestuosa techumbre de

la Catedral, y los grandes colegios de San Ignacio y San José, cualesquiera que sean sus opiniones religiosas y sus prevenciones deberá reconocer que la Iglesia romana es incontestablemente la Iglesia visible en la metrópoli de Australia. Tal es el hecho exterior. La razón oculta de este hecho hay que buscarla en la abnegación y los trabajos, en la fe, la caridad y el celo de esos hombres y esas mujeres heroicas, cuya vida ha descrito el cardenal Moran.»

La razón alegada por el publicista tiene su importancia. Sin embargo, necesita ser completada. Muchas causas han concurrido y concurren todavía á los magníficos progresos de la verdadera fe en Australia, y es conveniente señalarlas.

Hace dos siglos y medio Irlanda comenzaba su prolongado y doloroso martirio. El hierro y el fuego pasaban á través de las bellas campiñas y las populosas ciudades. La dichosa tierra de los bardos convirtiéndose en campo de carnicería y desolación. La verde túnica de Erin fué humedecida en la sangre de sus hijos, de sus sacerdotes y Obispos.

Cromwell había decidido que, para los hijos de Irlanda, no hubiese misericordia ni cuartel. Reducidos al número de medio millón, tratados como fieras, fueron confinados á los pantanos y rocas de la provincia más estéril de Irlanda: el verdugo confiaba que la insalubridad y el hambre darían pronto cuenta de aquellos que no habían perecido al filo de la espada.

Desde aquellos días lúgubres la mano del opresor continuó pesando largo tiempo sobre Irlanda, siempre aplastada, pero jamás vencida. El despotismo ha podido arrebatarle su tierra, su lengua y su sangre, todo lo que, desde el punto de vista humano, constituye la fuerza y la vida de un pueblo; pero no ha podido arrancarle la fe, que suple todo lo demás. «Por la fe, dice San Pablo, Abraham vino á ser padre de innumerable posteridad.» Aunque todo le falte á Irlanda, le bastará su fe para prepararle un incomparable destino.

Dios ha recompensado la heroica y secular fidelidad de su pueblo. O más bien, le hizo pagar por adelantado la grande misión que quería confiarle, la gloria que se proponía concederle.

En los siglos VI y VII Dios se había hecho, en la isla de los Santos, un semillero de apóstoles. Desde allí los Colomán, los Gael, los Donat, los Frigidien y tantos otros iban á las regiones aún bárbaras de Europa para propagar en ellas la fe y establecer, por fundaciones de monasterios, los baluartes de la civilización.

En nuestros días no limita Dios su elección. El pueblo mártir se ha trocado por entero en pueblo apóstol. Todo irlandés que emigra lleva consigo á las más remotas playas el germen de una iglesia, de una parroquia y de un clero católicos.

Acorralada en los límites de un estrecho territorio, Irlanda ha roto sus barreras y se ha dilatado en todo el universo. Expropiada de sus bienes, nutre no obstante, protege y enriquece á la Iglesia de Dios en países inmensos. Diezmada cien veces por las matanzas y

el hambre, se ha multiplicado lo suficiente para poblar las ciudades de dos nuevos mundos.

«¿En dónde están ahora los restos de Connaught? exclama el cardenal Manning. Están á través del mundo entero, esparciendo por todas partes la verdadera fe de Jesucristo. Han ido á todas las playas, no sólo como emigrantes, sino también como portacruces. Hállanse en los pueblos del Canadá, en las ciudades de los Estados Unidos, en los valles del Mississipi, en las islas del Oeste y del Sur, en toda la vida y la actividad de las ciudades nuevas que pueblan la Australia. Más cerca de nosotros, en Escocia y en Inglaterra, los hallaréis en la densa población de Glasgow, en el corazón de Liverpool, de Manchester y de Londres, en todas las filas de la clase obrera y de la clase media de nuestro país. Allí están los restos de Connaught, y con ellos el tesoro de la tierra, la fe de la verdadera Iglesia. Ayer no eran más que un puñado; hoy, contadlos: son millones. Ayer un pastor solitario apacentaba algunas ovejas dispersas. Hoy Obispos gobiernan las diócesis, rodeados de un floreciente clero. Esta es la obra del Señor.»

He aquí la primera explicación de la expansión católica en Australia. Ya hemos visto que la primera agrupación de fieles la formaron trescientos deportados irlandeses. Todo su crimen consistía en haber soportado impacientemente el yugo odioso de la doble opresión política y religiosa. En lo sucesivo cada buque que desde los puertos de Inglaterra se dirija al país australiano, aumenta el número de irlandeses y católicos. Y la Providencia bendice esta raza pura y fiel, con la bendición de la fecundidad. En todos los puntos de la Australia los irlandeses forman el núcleo de la comunión católica, en torno del cual se agrupan los ingleses convertidos ó que permanecieron leales á la fe de sus abuelos.

A la luz de la historia los designios de la Providencia se comprenden y justifican. Cuando se ve á Inglaterra, en la época de su apostasía, uncir á su carro con cadenas de acero á la pobre Irlanda, cualquiera diría que eran los esfuerzos de un náufrago que, al hundirse en las aguas, se agarra desesperadamente á la tabla de salvación.

Porque lo cierto es que Irlanda tiene en sus manos la salvación de Inglaterra, la verdadera fe, única que puede conservar y regenerar esta gran nación. Y en este movimiento de las almas que se efectúa, en todo el imperio británico, hacia la Iglesia católica, tiene principal parte Irlanda.

A Irlanda, pues, es deudora Australia de la floreciente Iglesia católica que en ella se encuentra. En lo sucesivo, y quizá á pesar suyo, Inglaterra lleva á todas partes, indisolublemente adherida á sus flancos, la fe católica.

El águila poderosa se ha lanzado sobre la tierra removida por tantas persecuciones, regada con tantas lágrimas, abonada con tanta sangre, y con sus alas ha dispersado á través del mundo la buena semilla (1).

(1) El primer obispo de Australia, Ilmo. Polding, dió á este hecho histórico un testimonio cuya sinceridad nadie puede poner en duda. De origen inglés y holandés, no se le acusará cierta-

A TRAVÉS DE LA MISIÓN DE NUEVA GUINEA

POR EL R. P. GUIB

DE LA CONGREGACIÓN DEL SAGRADO CORAZÓN DE ISSOUDUN

IV Y ÚLTIMO

Los indígenas de Nueva Guinea tienen pasión por el baile.

A las tres empiezan á llegar los danzantes, y su número va engrosando paulatinamente. Los recién llegados se ponen en fila con los que están ya dispuestos para el baile, que es cada vez más alegre y ruidoso.

Mientras que los *ibitoes* se entregan á sus movimientos coreográficos, las mujeres van y vienen, charlando y distribuyendo elogios ó censuras. Algunas preparan pipas para los danzantes, quienes echan bocanadas de humo sin cesar en sus contorsiones. Cuando el descanso es algo mayor apresúranse á darles arec, cal y betel, que viene á ser su regaliz: esto les fortalece las piernas y la voz.

Entre tanto los hombres que no bailan se entretienen gravemente con el *tazu* del día siguiente, sin dejar por eso de ser atentos espectadores de la danza.

Los cerdos están en el suelo, sujetos á unos palos por las cuatro patas: hay doce, sin contar un enorme jabalí, que se revuelve algo más lejos, y cinco ó seis kanguros. Los muchachos se divierten pellizcando las orejas de los cerdos y tirándoles de la cola para hacerles gruñir: aquí y en nuestros días, como en el país y los tiempos de La Fontaine, la juventud «es la raza maldita, es la edad sin piedad.»

Ved este pobre animal, que empieza á encontrar largo el tiempo, pues desde la mañana está expuesto á los rayos del sol. A fuerza de pernear logra desprenderse de parte de las lianas que le sujetaban, y si no fuese por la enorme percha que le retiene iría á introducir el desorden entre las filas de los bailarines. Advertido del caso un chico, monta á caballo sobre el vientre de la bestia y la coge por el hocico, mientras que un hombre le sujeta otra vez los piés con un *waro* (liana) nuevo.

Al anochecer los muchachos, siempre volubles, se cansan del baile, y saliendo de las filas imaginan otro juego. Van á pedir al P. Bouellat petardos chinos, y disimuladamente se acercan á los mayores, que siguen saltando... ¡pam! ¡pam! ¡pam! estalla una serie de petardos entre las pantorrillas de los *ibitoes*, mientras que los chicuelos huyen á toda prisa riendo á carcajadas.

mente de parcialidad por Irlanda. He aquí sus palabras, pronunciadas el 17 de Marzo de 1840: «Irlanda, á pesar de todos sus sufrimientos, se aferra á su fe como al áncora de la esperanza. Sus dolores han sido para ella una prensa, bajo la cual han corrido los ríos de vida que fluyen entre sus hijos por todo el globo. Gracias á San Patricio, la verdadera fe ha sido dada á la nación que le ha guardado la más virginal fidelidad. El Apóstol de Irlanda debe ser saludado como apóstol del universo.»

Pero nada debe desordenar á los *ibitoes* cuando bailan, á no ser la lluvia, que echaría á perder sus adornos de plumas. Las detonaciones de los petardos, si bien les sorprenden y aun les asustan algún tanto, no les hacen perder la cadencia ni siquiera medio minuto, y aun rotas las filas, se les ve constantemente agitar la cabeza y mover las piernas con medida.

La zambra duró desde las tres de la tarde hasta las seis de la mañana siguiente sin interrupción. ¡Quince horas de saltos y fatigas! ¡Que venga después á decirsenos que los papus son perezosos! Bien es verdad que por la mañana andaban como autómatas, únicamente en virtud de la velocidad adquirida: sólo conseguían tenerse en pie á fuerza de libaciones de betel; y las voces fatigadas hacían oír un murmullo más bien que un canto.

El día 1.º de Julio un momento de descanso nos permitió asistir tranquilamente á la santa Misa.

Después del desayuno, nueva danza, pero esta vez de un carácter enteramente distinto. Quisiera describíroslo, pero realmente no es cosa fácil. Avivad vuestra imaginación para que supla la aridez de mi relato y la impotencia de mi pluma, que nunca podrá describir la extraña escena de que fuimos testigos: una danza guerrera ejecutada por nuestros canacos.

El campo de batalla lo representa el vasto patio de la Misión, rodeado de una alta empalizada. Mirad hacia la puerta de la derecha. Los guerreros se adelantan arrastrándose: andan con precaución, observando los menores repliegues del terreno. Se estrechan contra la valla, y poco á poco forman un semicírculo que coge toda la anchura del recinto.

Uno de ellos se destaca y corre al extremo opuesto: representa al enemigo. Es un anciano que habrá hecho caer muchas cabezas, á juzgar por la estrella que lleva en la frente y los numerosos tatuajes que adornan su pecho. Toma un aspecto feroz. Sus ojos han recobrado el fuego de los veinte años. Sus labios caídos, que no pueden ya retener el jugo purpúreo del betel, los agita un estremecimiento convulsivo. ¡Va á gustar de nuevo las rudas emociones de la guerra! Todo su pasado parece revivir para él; va á luchar todavía como en otro tiempo; rodarán las cabezas bajo su hacha de piedra, y adornarán la fachada de su *marea*: el gusto de la carne humana se despierta más ardiente que nunca, y recuerda sus festines de vencedor después de la victoria. Su brazo ya no conoce los estragos de la edad, ni tiembla su mano.

¡Vedle, se levanta! Un grito terrible sale de aquel pecho, que hubiérase dicho era impotente para retener su alma lánguida. Al mismo tiempo tiende su arco con mano nerviosa; la flecha parte, atraviesa el espacio con agudo silbido, va á caer más allá de los enemigos y clávase en el suelo. A esta señal un ejército endiablado salta vociferando:

—¡Hu! ¡hu! ¡hu!

No son hombres que gritan, sino bestias feroces que aullan. El cuerno marino resuena con notas sordas y prolongadas, y el tambor bate con ruido infernal. Los guerreros se precipitan. El espectador preguntase qué es lo que retiene aún las lanzas en las manos y las fle-

chas en la cuerda de los arcos. La confusión es indescriptible: los rompecabezas blándense y descargan con rabia; vuelan las flechas en todos sentidos, y los dardos caen espesos como granizo. Felizmente, los rompecabezas sólo hieren el vacío, las saetas sólo se clavan en los árboles, y los dardos únicamente se hunden en el suelo.

De pronto resuena un ensordecedor y alegre hurra. Terminó el simulacro, y logróse la victoria. Al furor de la lucha sigue la embriaguez del triunfo. Todas las voces, ordinariamente tan desapacibles y agudas, truécanse en sonoras y vibrantes para entonar el canto de los vencedores: los canacos ya no son canacos; cantan un himno que nunca oí en sus labios, con verdadero tono musical, enérgico, sin dejar de ser salvaje y digno de los hijos de la Papuasía.

Su himno de guerra sirve de acompañamiento á las feroces contorsiones que dislocan los miembros de los guerreros. La mayor parte tienen en la mano derecha su larga lanza á la que imprimen un movimiento de vibración extraordinario. Los más viejos parece hacen esta maniobra con más energía que los otros. Algunos van armados de escudos que pasan por el sobaco y protegen así la cabeza y el costado; otros sostienen sus pesados rompecabezas, y otros, por último, tienen sus arcos entesados y una flecha pronta á disparar.

Casi todos los danzantes son viudos: llevan, en efecto, el casquete blanco, que es su señal distintiva.

Bailan con sin igual entusiasmo, pues hace mucho tiempo que no pueden darse este gusto. El gobernador se lo ha prohibido, porque habiendo bailado en su presencia hace cinco ó seis años, creyó que era en su honor, mientras que en realidad era contra él y para ejercitarse en la guerra.

Mas ahora que se han dedicado á su predilecto ejercicio, patean de contento. Un anciano, que no puede ya bailar, llora de ternura; va y viene gritando, y vuelve á llorar. A cada momento me coge del brazo para excitarme á observar más atentamente, y no cesa de suspirar:

—¡Ah! ¡faunghina! ¡ah! ¡faunghina! (¡Ah! ¡cuán bello es esto! ¡ah! ¡cuán bello es esto!)

Y yo repito con gran satisfacción suya:

—¡Faunghina! ¡faunghina!

Uno tras otro me muestra todos los danzantes, haciéndome notar sus armas y adornos.

—¿Ves este tan alto, que lleva el escudo y toca el tambor? es Kello. No conoce rival en el manejo de la lanza. Mira detrás de él al que lleva una corona de plumas de casoar: le vi en la guerra derribar más de veinte hombres con su rompecabezas, etc., etc.

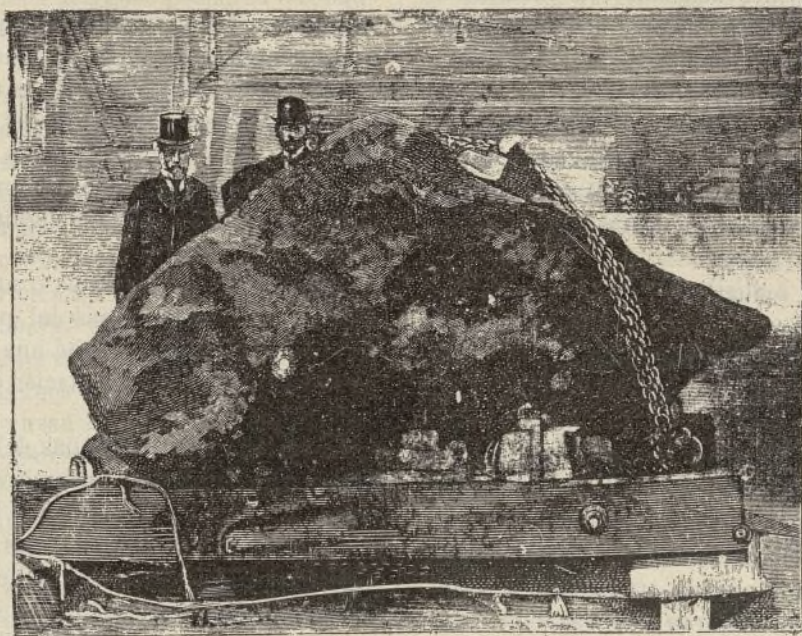
Ahora va á comenzar la última escena: trátase de un nuevo ataque; pero el enemigo esta vez es real. En vez de herir el aire ó la tierra, las mazas caen sobre los cerdos, que dan chillidos espantosos. Terminada la carnicería, todos entonan nuevamente el canto de triunfo y se marchan.

Los que tienen derecho, se apoderan de los cerdos, y los echan, vivos ó muertos, á las llamas para quemar los pelos. Nada se pierde, ni siquiera la piel: las colas,

como es justo, se entregan á los jefes ó á quienes dieron la bestia; es uno de los adornos más estimados. Ciertos indígenas llevan una decena en cada oreja.

Buena parte de la tarde transcurre en el arreglo y distribución de los platos á las diversas familias del pueblo y de los invitados. Es operación delicada que ha requerido mucho tiempo, conferencias, reflexiones, gritos y disputas. Todo está en su sitio: los manjares y los que van á comerlos. En este instante solemne, el jefe Inghaoma toma la palabra. Como siempre, los que le rodean le dictan en alta voz lo que debe decir.

—Mosinor Nabara, Pe Bouellat, mizinari... ¡Ia! ayer nos pediste que hiciésemos nuestra danza guerrera para que la vieses tú y los otros. Mi vientre desmayó cuando me dijiste esto, y yo te contesté: «El *kabana* (gobernador) no quiere que bailemos esta danza; además, no tenemos nuestras armas en el pueblo; están ocultas y se enmohecen en los campos.» Mas tú, *mizina*, replicaste: «Está bien; por lo menos bailad.» Tú vientre es bueno, como nos consta; es tierno para los hijos de Beipaa, y nosotros dijimos: «*Mizina* pi-



EL MAYOR BÓLIDO QUE SE CONOCE (transportado por una expedición polar)

del *ripu ripu*. Bien sabes que nuestro vientre era bueno al bailar, y que no buscamos caminos tortuosos. Tú, *mizina*, harás hoy una *marere* (carta) al *kabana*, diciéndole que no esté *roku*. Ea, mira nuestras armas; están enmohecidas: si hoy hemos vuelto á tomarlas, no ha sido para batirnos, y mañana temprano los volveremos á los huertos. Di que lo harás, y estaremos contentos; de otra suerte el *tazu* será amargo, y se nos quedará en el estómago.

Los PP. Bonellat y Vital se apresuran á tranquilizar al jefe.

—Todo está muy bien, le dicen: los misioneros han admirado vuestra destreza y fuerza; están satisfechos, y no se incomodará el *kabana*.



NUEVA GUINEA (Oceania).—Vista de Yule, parte extrema de la isla Katak. (Pág. 306)

Los bravos indígenas nos aclaman con entusiasmo, y presentan al P. Bouellat la mayor y mejor parte del jabalí, taos y plátanos.

Hecho esto, partimos con el P. Genocchi hacia Inawi. El Ilmo. Navarre y los PP. Jullien y Hubert permanecerán todavía algún tiempo en estos parajes. Por la noche nos alojamos en Inawi.

El día siguiente nos embarcamos, y al cabo de diez horas de penosa navegación entramos nuevamente en Roro, en la isla Yule (*V. el grabado de la pág. 305*), algo fatigados, pero complacidos de lo que habíamos visto y oído.

¡Dígnese el Sagrado Corazón bendecir nuestra Misión, y extenderla más y más enviándonos personal y recursos! La Misión fué fundada hace diez años: ciertamente el bien realizado es inmenso y excede á todas las esperanzas. Pero si en vez de tres ó cuatro sacerdotes durante ocho años, hubieran sido más numerosos, ¡cuántos progresos se habrían realizado, y cuántos pueblos, hoy en manos de los protestantes, formarían parte del redil de la Iglesia!

Orad y haced orar: las almas están dispuestas; sólo aguardan misioneros para recibir el pan de la verdad y dejarse conducir por el camino del cielo. ¿Por qué somos tan pocos y tan pobres?...

LA ESCRITURA ENTRE LOS NEGROS

LA palabra *escritura* no debe aplicarse pura y exclusivamente á la serie uniforme de caracteres, representación de una idea más ó menos completa, escritos sobre papiros, tablas de boj ó piedras planas, puede su significación hacerse extensiva á varios signos que á primera vista no tienen ninguna razón de ser.

Debemos, partiendo siempre del principio que no hay efecto sin causa, buscar esta razón primera, cuyo esclarecimiento será con frecuencia sumamente difícil. Si alguna vez nos hallamos delante de una manifestación material de la inventiva de los negros, y no conseguimos atribuir al objeto investigado una razón de ser inmediata, no debemos contentarnos con explicar superficialmente su existencia, pues muchas veces nos equivocáramos, dejando tal vez de realizar los más interesantes descubrimientos.

El arte decorativo de los indígenas es quien ofrece á la observación vasto campo donde poder hacer las más curiosas investigaciones. Mientras que todos los objetos de su uso tienen por necesidad prosaico destino, los motivos de ornamentación con los cuales enriquecen dichos objetos reclaman algo más que la natural admiración que producen sus sencillas á la par que artísticas manifestaciones.

Con frecuencia estos dibujos pintados ó grabados son caracteres escritos en todo el rigor de la palabra, de cuya significación, simbólica por lo menos, no puede en manera alguna dudarse. La entalladura que hace

el negro en su cubilete, el aro de cobre con el cual adorna su lanza, señales son que sirven para el reconocimiento, indican la pertenencia del objeto y que quieren decir: «Este objeto es mío:» si elige para distinguir todos los objetos que le pertenecen una marca uniforme, sus vecinos podrán conocerla, y entonces el signo convenido, que en su principio fué exclusivamente personal, adquiere significación más general y precisa.

Es posible que un arma ó utensilio cualquiera sea destinado á otro fin á más del principal: para reconocerlo con facilidad se añade una nueva marca á la que ya llevaba, y de la combinación de estos dos signos nace la primera frase.

Las tribus más civilizadas del Kasai no siempre se contentan con signos ó marcas vulgares: encuéntranse entre ellos vasos y cubiletes, bolas que sirven para adornar astas y cañas; en todos estos objetos vense representadas figuras humanas, lo cual les da cierta artística y curiosa originalidad: es muy posible que al hacerlos quisiera el escultor tallar un retrato, y como el parecido no fuese muy exacto y pudiera dar origen á confusiones, apélase al recurso de exagerar ciertos detalles del mismo, tales como el picado ó pintura con el cual adornan sus cuerpos.

Y ya que acabo de nombrar el picado, ¿no es éste una verdadera escritura que permite reconocer el origen y la historia del individuo que con él se señala? El picado proporciona á los negros el sistema más práctico y sencillo de registro civil. El de la cara es casi siempre característico de la tribu, todos los individuos que la componen lo llevan igual, en tanto que el picado del cuerpo es sumamente variado, y estas variaciones recuerdan los más importantes hechos que realizó durante su vida el individuo que lo usa. Al igual que la marca hecha al presidiario, estos signos no pueden ser borrados jamás: sin que por ello deba deducir que sean deshonorosos; muy al contrario, generalmente indican las glorias del *feliz* mortal que consintió en sufrir horribles tormentos á trueque de poder satisfacer su deseo de figurar.

Así como cada pueblo posee una lengua distinta de la de otro pueblo, así también los signos convencionales del picado ofrecen grandes variaciones: unas familias escogen la forma de lente, otras la de rombo y otras el puntillado: viniendo á ser como una escritura adoptada por todos los pueblos del Africa, y cuyos caracteres son variables.

De lo expuesto hasta aquí parece deducirse, que el uso de signos convencionales es conocido en el Congo. Ahora bien: ¿poseían los antiguos africanos otra manera más perfecta de fijar su pensamiento, sabían comunicarse sus ideas valiéndose de un número limitado de signos, los cuales trazaban sobre determinado objeto propio para ello?

Mi opinión es que estas preguntas deben ser contestadas afirmativamente, ó que por lo menos cuando los blancos llegaron á estas tierras poseían los indígenas dichos conocimientos de una manera muy rudimentaria, y como prueba de ello citaré los dos ejemplos siguientes observados en el país de las cataratas: al primer ejemplo podríamos llamarlo principio de numeración

escrita, y consiste en unos delgados palos, en los cuales hacen varios cortes ó incisiones; recuerda este procedimiento antiguo el que en la actualidad usan sus panaderos: la mujer guarda la mitad del bastoncillo, que rompen en dos pedazos iguales, y el panadero la otra mitad: esta operación verificanla cada vez que amasan un pan, y cuando han terminado su trabajo, reúnen todos los bastoncillos y verifican un recuento, al que podremos dar el nombre de suma.

El citado ejemplo, si bien no responde por completo á la cuestión, es sin embargo muy característico.

La segunda de las observaciones que vienen á corroborar mi aserto, son algunos signos jeroglíficos grabados en los bastones que usan los fetiches. En el museo de objetos del Congo existente en Tervueren, pueden verse dos de dichos bastones enriquecidos con labrados curiosísimos: la semejanza de esta inscripción con las escrituras egipcias es sorprendente, y creo que encierran alguna relación, historia... Pero falta saber descifrarlas y para ello es menester largo y difícil estudio.

Para terminar copiaré los párrafos que escribe M. Van Laere, subintendente en Dibele (Kasai).

«En las poblaciones de los Basanzo, Mero y Bankutu observé varias líneas ó dibujos. No puedo definir si estas líneas, aparentemente ininteligibles, deben despertar algún interés dada la analogía que tienen con otras halladas en diversos lugares. Poseo seis dibujos que he copiado con toda fidelidad, y en ellos puedo observar que los caracteres están dispuestos con cierto orden. Estos caracteres vense reproducidos con mucha exactitud en algunas habitaciones particulares y en determinados objetos que sólo poseen los privilegiados ó distinguidos de la población en la cual los hallé.

«Debo hacer notar que los indígenas dan gran importancia á estos signos.»

Esto es cuanto hasta la fecha podemos decir de la escritura entre los negros: abrigamos la esperanza de que los estudios que varios sabios están haciendo en Africa, vendrán á esclarecer y solucionar lo que actualmente son meras hipótesis.

BOSQUEJO HISTÓRICO

DEL ACTUAL ESTADO DE LAS MISIONES FRANCISCANAS EN EL NORTE DE LA PROVINCIA DE SANTA FE, POR EL PREFECTO APOSTÓLICO DE MISIONES FR. VICENTE CAILONI.

II

Estado moral de las Misiones

El estado moral de las Misiones en general es satisfactorio: notándose en ellas una saludable reacción por la contracción al trabajo y por la moral cristiana, que poco á poco va tomando posesión de su corazón y de sus inteligencias.

Nuestros indios, en cada Reducción, tienen algunos lotes de terrenos que cuidan con esmero; porque empiezan á conocer que éstos han de constituir su bienestar.

Estos terrenos en tiempo de sementera, los cubren de maní, sandías, maíz, etc., y el tiempo que les sobra

lo dedican al oficio de peonaje, ganando un jornal que les alcanza para suplir sus necesidades.

En algunas Reducciones, nuestros indios son el brazo derecho de la sementera, debido á la escasez de brazos para el trabajo; como sucede en Santa Rosa, en la carpida y amoldada de maní; y en San Antonio de Obligado por la cosecha de caña dulce.

Para apreciar debidamente este progreso es necesario formarse una idea de la haraganería y desidia del indio, y del poco aprecio que tiene á la propiedad, inclinado por su naturaleza á mirar con indiferencia cuanto le rodea, menos sus necesidades corporales; y de cuantas molestias haya tenido el Padre misionero para embeberlo de este principio moralizador.

Como el ocio es el padre de todos los vicios, V. E. fácilmente comprenderá que, desterrado éste, las costumbres también mejoran, y preparan insensiblemente al individuo al consorcio de la vida civilizada.

III

Escuelas

Otro poderoso auxilio de moralidad es la enseñanza escolar, por la que el niño no sólo llega á conocer sus deberes cívicos y religiosos, y á darse cuenta de su entidad, sino que también ilustra su inteligencia; y esta ilustración inflama la voluntad en bien obrar.

Sin embargo, aunque nuestras Reducciones tengan estos establecimientos de educación, que es la vida de un pueblo, es preciso confesarlo, por amarga que sea la verdad, que sus resultados no responden á los grandes gastos é ingentes sumas que en ellos por el Gobierno se invierten. Todavía en la campaña no se aprecia con todo su valor el beneficio de la educación.

Nuestros indígenas son de esta clase, con la condición agravante de la pobreza.

En la administración del ex-presidente de la República Dr. D. Nicolás Avellaneda, asignó á esta prefectura una subvención mensual para vestir á los niños indígenas que asistieran á las escuelas, y de consiguiente al templo. Esta medida del Gobierno nacional daba muy buenos resultados; porque con esa pequeña subvención se vestía á los niños indígenas, y bien administrada, alcanzaba para darles algún alimento, por lo que las escuelas indígenas florecían; desgraciadamente duró muy poco, y todo se perdió.

A los niños indígenas, Excmo. Sr., si algo no se les da, es dificultoso traerlos á las escuelas y al templo; porque siendo muy necesitados, los padres se sirven de ellos para buscar manutención, ó están en sus casas desnudos.

IV

Religión

Este principio, base de toda sociedad con el que se suavizan las leyes, se moderan las costumbres, y se moraliza á las naciones, es el único recurso con que cuenta el misionero.

Las antiguas Misiones, libres de toda ingerencia civil, estaban sujetas en todo al misionero: él era el único jefe de ellas; él decidía sus controversias; él ordenaba

las reprensiones por faltas punibles, aplicadas por un indígena que se llamaba *Corregidor*.

Con esta administración paternal, los indios eran obligados al trabajo, á las asistencia doctrinal, al santo sacrificio de la Misa en los días festivos, y á la práctica de los Sacramentos. Con este método se embebía á la niñez, desde su más tierna edad, en los principios civilizadores del Catolicismo, y se formaban Reducciones cristianas y religiosas, donde florecían la moralidad y la honradez, y preparadas á entrar en el consorcio de los demás pueblos civilizados.

Libres hoy nuestras Reducciones de este suave y saludable yugo, sumamente necesario para civilizar á seres perfectibles, como que constan de todos los constitutivos para ello; pero embrutecidos por el continuo abandono de una vida salvaje en que han vivido, y que parece inocularse en sus descendencias; al Padre misionero no le queda otro recurso que la fuerza de la persuasión por la instrucción; pero ésta ¿qué brecha puede hacer en esos ánimos, capaz de inducirlos á una vida moral activa é industriosa, si no es acompañada del temor de un moderado castigo por los que administran la cosa pública? Convengo que el espíritu de las leyes lo prohíben; pero esto ha de ser, según mi corta inteligencia, cuando se trate de seres que se hallan en pleno goce de sus facultades, y con los suficientes conocimientos de los bienes que resultan de la moralidad y del trabajo; pero no en seres como el indio, que carece del desarrollo de ellas, y que abandonado á su albedrío, vegeta como cualquier otro ser viviente; pero que no se perfecciona ni progresa.

Abandonado el Padre misionero á sus propias fuerzas, no será difícil á V. E. interpretar la gran dificultad que se le presenta para civilizar á las masas, y especialmente á nuestros indios, rudos por su naturaleza, aplicados desde que nacen en satisfacer sus necesidades y pasiones corporales; y cuán estéril es el resultado de su misión sagrada.

V

Progresos materiales

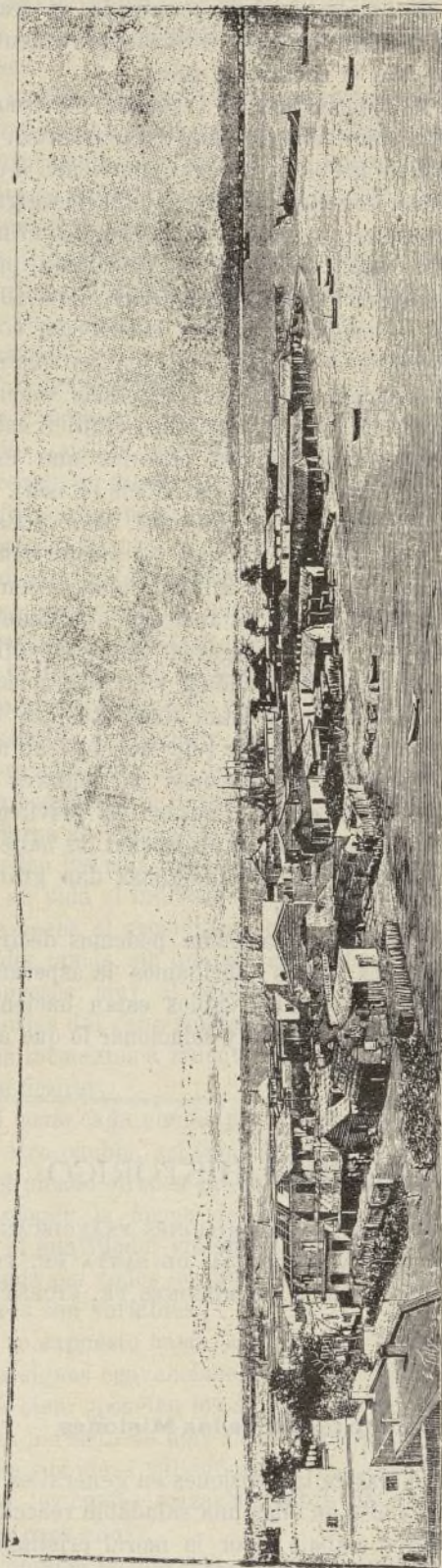
En medio de las anunciadas contradicciones, el espíritu del misionero no descansa, sin embargo; y cuanto más es encarnizada la lucha, se retempla su espíritu. Nuestra Reducción indígena de San Martín necesitaba de un templo que estuviere conforme al grandioso culto católico que profesamos: pues bien, este templo no tardó en ser una realidad.

El 11 de Septiembre de 1892 me encontraba en Santa Fe, capital de la provincia, á preparar todo lo necesario para dar principio al grandioso templo de la citada Reducción: el 25 del mismo mes marchaba á mi destino con cuatro albañiles, peones y cal; pues los ladrillos ya los tenía prontos; el 26 de ídem, daba principio á cavar los cimientos; y el 24 de Diciembre del mismo año, suspendía el trabajo dejando el templo á seis metros de altura.

Sólo quien está al corriente de estos trabajos puede dar justo valor á los sacrificios y privaciones que ellos requieren; tratándose especialmente de obras que deben hacerse con todos los ahorros posibles; porque así lo

requiere la honradez, por provenir sus recursos de la caridad pública, privaciones de los Padres misioneros y subvenciones de los Gobiernos.

Bajo un sol abrasador, proveniente de una prolongada seca de siete meses, el que subscribe tenía que afron-



EL BARRIO DE LA MARINA EN SAN JUAN DE PUERTO RICO. (Pág. 311)

tar los rayos solares, y la tierra y el polvo de setenta toneladas de cal, y los torbellinos de tierra, que envolvían carros y conductores. Con la escasez de vehículos, con animales que apenas podían moverse y con una salud bastante quebrantada, cuando necesitaba de todo

su vigor. V. E. podrá considerar la aflicción de este pobre Padre misionero franciscano.

Sin embargo, excelentísimo señor, había que marchar adelante y no darse por vencido. A esto me animaba la divisa franciscana que revisto. Somos pobres, me decía: y esta pobreza ha ennoblecido las almas más grandes; no hay motivo para que no la practique yo también.

Fortalecido así mi espíritu, pedía y repedía socorro á mis necesidades, á aquellos pobres campesinos que de cualquier modo pudieren auxiliarme: teniendo el consuelo y satisfacción de haber sido siempre correspondido. De manera que todo se trajo gratis de la estación férrea, ó mejor dicho, por la caridad cristiana.

La escasez de alimentación no era para mí menos afligente: desde la mañana temprano había que averiguar dónde se encontraría carne para alimentar de 18 á 20 peones, para inmediatamente proveerse de ella por no quedarme sin nada: diversamente había que dirigirse á alguna estancia vecina para proveerse de algún modo de ella.

Convenimos todos que al labrador se le debe tratar regularmente bien, para sostener las fuerzas materiales del individuo; pero aquí es el caso que estos albañiles extranjeros, que viven miserablemente cuando se trata de ahorrar para ellos, se muestran insufriblemente delicados cuando uno se obliga á alimentarlos. Entonces no son ya pobres labradores que vienen á esta tierra para buscar un holgado pedazo de pan, sino unos caballeros que tenían de más en sus casas.

La carne de oveja ó de capón, que en esta tierra es un manjar delicado por sus especiales cualidades alimenticias, le hacían mala cara, y de ahí la murmuración. Este proceder indisponía á los demás peones, el trabajo no marchaba naturalmente como era debido, y á mí el consiguiente martirio.

La extracción de arena por medio de excavaciones en el suelo á dos leguas de distancia, con la penuria del peonaje y de víveres, y mil otras dificultades en estos desiertos, puede V. E. darse alguna idea de las aflicciones, molestias y gastos del que subscribe.

Con razón, las personas que veían el plano del templo que realizaba, dudaban de su conclusión; pero los que generalmente hablan así, ignoran cuánto puede la abnegación y desinterés en el manejo de los recursos; y que el centavo de la viuda fructifica en céntuplo, confundido con los intereses de estos apóstoles de la caridad cristiana.

Son duros y penosos, excelentísimo señor, no hay duda, estos trabajos, especialmente con el capital y renta franciscana, pero también son de mucha consolación viendo que Dios premia sus sudores y suaviza esas penas con la realización y complemento de sus ideales.

VI

Templo de San Antonio de Obligado

Al recibirme de mi prefectura, el P. Hermes Consantini, tenía su bonito templo á seis metros de altura; las paredes, pues, podían sufrir si no proseguía hasta echarlo. Pero ¿cómo? No se trata, excelentísimo se-

ñor, de una obra cerca de poblaciones capitalistas á donde el Padre misionero puede golpear á las puertas de ellas invocando la caridad cristiana; no, se trata de un pobre misionero sepultado allá en el desierto; al grado 28 de latitud Sud, en el Chaco Austral; que quiere concluir un templo contra todas las miras de la prudencia humana. En efecto, la distancia se lo impide; vía férrea ni fluvial existe; el Paraná está á tres leguas; los riachos, que pueden ser sus auxiliares, cuando están crecidos tienen muchas vueltas; precisando en ir y venir unos diez días de navegación, y lo que es peor, dinero no hay.

Circunstancias son estas de anonadar al emprendedor más atrevido. Efectivamente, yo era uno de aquellos que dificultaba su realización; á lo menos por el plano que llevaba aquel templo, hasta que un día me dijo:

—Hombre, y ¿por qué pone tantas dificultades? esos montes y esos aserraderos ¿qué son?

—No son más que montes y aserraderos, le contesté.

—Pues bien: esos montes y esos aserraderos me darán madera para el techo; algún dinero que tengo de mi sueldo como subinspector de escuelas de la sexta sección, algo que los corazones cristianos me brindarán, y con lo que me dará V. P., concluiré la iglesia.

—Me alegro, querido Padre, le dije, adelante.

El Padre misionero poseía un carro con algunos bueyes; sirviéndose de todo esto para ir al monte y proveerse de la madera necesaria para el templo. ¡Pobre Padre misionero, cuánta abnegación, cuántos sacrificios! Un día me encuentra en Santa Fe, y me dice:

—Padre, me hacen falta diez mil kilos de cal, y zinc para techar la iglesia.

—Hombre, le dije, para mí esas palabras son mayúsculas; ¡pues se trata nada menos que de tres mil nacionales!

Un amigo que se hallaba presente, me dijo:

—Padre Coloni, esto pronto se arregla; ponga V. el conforme á esta cantidad, y todo está arreglado.

—¿El pago?

—Cuando pueda; sé que V. ha de cumplir.

—Conforme, amigo; pero ya sabe, no me apure.

—Padre, nos conocemos.

—Pues sea así. Padre Hermes, tiene á su disposición lo que necesita; pero no cuente con más auxilio: vea en el apuro que V. me pone.

—No habrá necesidad, me contestó.

VII

Colonia Avellaneda

En esta colonia era muy justo que se sintiera también el influjo del misionero franciscano. Desde su fundación los colonos edificaron un oratorio pajizo, que en su forma se asemeja á una de esas cabañas de los pobres campesinos del alto Tirol italiano. Este tenía el triple inconveniente de ser pequeño en proporción de su población; hasta cierto punto indecente para el culto, y expuesto á quemarse á cada momento.

Los habitantes de esa colonia, católicos fervorosos, sentían que los misterios de nuestra santa Religión se

celebrasen en ese verdadero establo; pero había un inconveniente que vencer: la manzana que había sido dedicada para el templo no estaba en la plaza; por lo que unos querían que se construyera en ella para evitar gastos; otros que debía comprarse otra en la plaza y edificarse en ella; porque así el templo y la población tendrían más importancia.

En esta situación de los ánimos, yo que me encontraba en ella en desempeño de mi misión, reuní á los principales de la colonia y les propuse la compra de una media manzana en la plaza para la iglesia; y la manzana ya determinada para este objeto, podía venderse y así sufragar los gastos de la compra: así se convino, y los colonos compraron la media manzana propuesta y la pagaron al propio tiempo.

Resuelta así la dificultad, hicieron inmediatamente una casa para el Padre misionero (pues antes no tenía), de catorce metros de largo, seis de ancho con techo de azotea, en la que vive cómodamente.

Desde ese momento el templo era toda su atención, porque era una verdadera necesidad. El P. Celso Ghio, director espiritual de esa colonia, como el que más, sentía esa necesidad, por lo que no tardó en ponerse en campaña.

Con la palabra del Padre misionero y la fe ardorosa de los colonos, se empezó el templo á principios del 93, y á fines del mismo año ya estaba á cuatro metros de altura. En este trabajo ha sido suficiente que el Padre misionero secundara el espíritu de la colonia, autorizado por su honradez é inteligencia. Los colonos á la voz del Padre se movían, traían arena, cal, ladrillos y madera, comprada ya con los propios sudores.

Sin embargo, no se crea que estuviera exento de disgustos y sinsabores: las Sociedades secretas establecidas en sus alrededores con importados de la ciudad de Goya (provincia de Corrientes), no veían de buen humor la construcción de un templo en la colonia, y procuraban por todos los medios posibles estorbar esa obra del culto católico; ora por proclamar su innecesidad, por estar cerca de Reconquista; ora por desmoralizar á los colonos; tanto, que me decía uno de los principales colonos:

—Nunca se puede imaginar, Padre, cuántos trabajos nos da esta secta maldita, y cuántas molestias produce á estos pobres colonos, porque no queremos saber nada de su *Arquitecto*.

Es la verdad, para esos *iluminados* no hay necesidad de templos, de cultos, ni de sacerdotes; tienen el compás, el triángulo y no sé cuántas cábalas para divertirse; pero para nosotros, *pobres, ciegos é ignorantes*, necesitamos de templos para adorar á Dios, precisamos de Él para que nos ampare, y de un culto para tributarle nuestros obsequios y homenajes; no como á *Grande Arquitecto*, y otras mezclas, que bien sabemos lo que significan, sino como á nuestro bienhechor y nuestro Redentor. Nosotros somos ciegos é ignorantes; ellos *iluminados*, pero ¿cómo? La palabra *Abiram* que los ha de iluminar, como ellos afirman, se perdió entre las ruinas del templo de Salomón; todavía no se ha encontrado, á lo menos aún no consta en ningún documento. Sí, sí, esperen: *Di la ha da venire*, diría un italiano.

(Se continuará).

CRÓNICA

Roma.—Su Santidad, que había ya comenzado su temporada primaveral en los jardines del Vaticano, ha vuelto á hacer la vida ordinaria del palacio, con objeto de preparar para que reciba la sagrada Comunión al hijo de uno de sus sobrinos, el conde Riccardo Pecci.

—La Roma católica y pontificia ha querido unirse á Portugal para celebrar el centenario de Vasco de Gama. En la magnífica iglesia de San Antonio de los Portugueses se celebró una brillante ceremonia religiosa con *Te Deum* y bendición, dada por el cardenal Vannutelli y con asistencia de muchos Cardenales, Prelados, nobles ramanos, etc. El 21 de Abril se celebró además en el espacioso y magnífico salón del Seminario romano en San Apolinario, una brillantísima velada literario-musical para conmemorar dignamente dicho centenario. En el sitio de honor estaba la bandera portuguesa. Asistieron seis Cardenales, gran número de Prelados, de diplomáticos y de señoras y caballeros de la aristocracia fiel al Papa, y unos 500 invitados.

Con todas las composiciones leídas en dicha velada y escritas de mano de sus respectivos autores, se formará un álbum que será presentado al rey Carlos, de Portugal. Al frente del álbum figurará un epígrafe latino de Su Santidad León XIII, y una carta de su secretario de Estado, el cardenal Rampolla.

Lyon (Francia).—Gustosos transcribimos la siguiente lista que enumera los objetos expuestos últimamente en el gran salón del palacio del ilustrísimo señor Arzobispo, destinados á la Obra Apostólica de las Misiones. Lo numeroso de la lista manifiesta el floreciente estado de la Obra: 1 altar portátil, con el correspondiente cáliz, copón, etc.; 1 magnífica estatua de gran tamaño representando la Virgen; 5 viriles; 16 cálices; 6 copones; 20 candeleros; 4 cruces; 2 incensarios; 1 hisopo; 4 cajas para los santos óleos; 1 pixide; 1 custodia dorada para el Santísimo Sacramento; 4 *Via Crucis*; 1 cruz pectoral; 1 mitra y un anillo para obispo, 7 cuadros pintados, de gran tamaño; 6 palios; 32 capas pluviales; 12 paños de hombros; 300 casullas latinas; 14 maronitas; 14 ornamentos orientales; 6 dalmáticas; 5 pendones; 70 cubre altares; 150 estandartes; 120 albas; 112 manteles de altar; 600 purificadores; 265 corporales; 140 amitos, 4 roquetes para obispo; 30 sobrepellices, 300 guarniciones, etc... Vinageras, Crucifijos, rosarios, medallas, un fusil, vestidos, lanas, objetos de todas clases, piezas de tela y cortes de vestidos.

Ingllaterra.—Esta nación, que contaba en 1800 unos 120,000 católicos, suma hoy 1.865,000. Ha doblado el número de católicos en Alemania. Católica es la mitad de la población helvética. De 200,000 católicos que había en 1800 han ascendido á 790,000, y de 40,000 en los Estados Unidos, á diez millones. La misma Rusia y las Iglesias de Oriente modifican su actitud intransigente de tiempos atrás y parecen dispuestas á entrar en el buen camino.

Hace veinticinco años era quemada la efigie del Papa en las calles de Londres. Y hoy...

Hoy el arzobispo de Cantorbery, primado de toda la comunión anglicana, y MM. Carson y Lechy, representantes de la Universidad protestante de Dublín, acogen con benevolencia el proyecto de creación de una Universidad católica en esta misma ciudad. El efecto moral que estas adhesiones y el concurso de los veintiséis votos de que dispone en las Cámaras el Episcopado anglicano han producido en la opinión de la Gran Bretaña es digno de llamar la atención. Y si esto no basta para demostrar como la verdad se abre paso allí, adviértase que la Universidad de Cambridge ha reconocido el Colegio preparatorio fundado por los Jesuitas; y adviértase también que los arzobispos de Cantorbery y

de York se han dirigido al cardenal Vaughan, acusando recibo de la última respuesta de los Obispos católicos ingleses sobre la cuestión de los órdenes del Anglicanismo, y dando á León XIII el título de Su Santidad el Papa.

Las parroquias de Londres están confiadas ya al clero secular, ya á las Ordenes religiosas. La diócesis de Westminster comprende 146 iglesias ó capillas, servidas por 402 presbíteros, de los cuales 284 son seculares y 118 Religiosos.

Entre las iglesias pertenecientes á las Ordenes religiosas, hay que citar en primer término el *Oratorio de Brompton*, templo católico el más bello de Londres, donde tienen lugar todas las grandes ceremonias oficiales, mientras se levanta la Catedral de Westminster. Los Oratorios, introducidos en Inglaterra por el ilustre cardenal Newman, fundaron en Londres su primera casa en 1849, bajo la dirección del P. Faber; pero los trabajos del templo á que nos referimos no comenzaron hasta 1880, y hasta hace poco no se han concluido. Es esta iglesia una magnífica basílica de estilo Renacimiento, en que cada altar, cada piedra da testimonio elocuente de la generosidad de las grandes familias de Inglaterra. Los duques de Norfolk, el marqués de Bute, la duquesa de Argyll y otros, son contados entre los principales bienhechores del Oratorio de Brompton. Los Padres del Oratorio sostienen cinco escuelas libres y gran número de instituciones varias.

Después del Oratorio, la iglesia más vasta de Londres es la de los Padres Dominicos, levantada sobre una colina, al Norte de la ciudad, y abierta al culto en 1884. Es una soberbia basílica de estilo gótico, que se presta admirablemente á los Oficios solemnes de los Padres Dominicos. Estos fueron llamados á la diócesis de Westminster por el cardenal Wiseman en 1861, y el convento que ocupan en la actualidad fué fundado por la condesa Elena Fasker en 1867.

En el barrio más aristocrático de la capital, *Farm street*, tienen los Jesuitas un templo hermosísimo. Los cultos de Farm son los únicos que anuncia cada sábado el *Times* y á los cuales asiste la alta sociedad católica. Los principales predicadores de *Farm street* son el superior Rdo. P. Sampton y los PP. Sydney, Smith, Richaby y Tyrell.

Los Servitas poseen una linda iglesia en Fulham road, campo de misión de los Padres Redentoristas. Los Carmelitas se hallan establecidos en Rensigton, los Pasionistas en Highgate, los Agustinos en Hoxton, los Oblatos en Kilburu y en Towar Hill, los Franciscanos en Strafford, al Este de Londres.

Quiera Dios que todos estos trabajos den al amparo de la era de tolerancia iniciada, los frutos opimos que de ellos espera la Iglesia.



Perú.—El Consejo Central de la Obra de la Propagación de la Fe en el Oriente del Perú celebró sesión ordinaria el 29 del pasado mes.

Asistieron la presidenta de honor señora de Piérola y muchas damas y señoritas pertenecientes á las más distinguidas familias de la ciudad.

Se dió cuenta de varios oficios y de dos importantes cartas de los Padres Misioneros del Ucayali y de la instalación del Consejo parroquial de Cajamarca y de su personal.

Se trató de la extensión en los monasterios de la Capital de la llamada *erogación espiritual*, ó sea una serie de oraciones en favor de la conversión de los infieles.

Entre otras cosas se acordó lo siguiente:

Adoptar los medios propuestos para extender las Misiones; celebrar próximamente una Asamblea general de colectoras con asistencia del reverendísimo Padre Prefecto de las Misiones, de tránsito en Lima; que las colectoras de *decena* den cuenta á las de *centena* y éstas á la Presidenta del nombre de los asociados difuntos, para publicarlo en los *Anales* y aplicarles los sufragios; y que en el próximo número de los *Anales* se publique la cuenta general de la Obra.



Indostán.—De Villupuram escribe el P. Marice:

Con no poco sentimiento véome obligado á dirigirme otra vez á *Las Misiones Católicas* en demanda de socorros. Indudablemente que á la cabeza de los distritos más castigados por el hambre y por el cólera debe colocarse Villupuram. Hace más de dos años que mis desventurados cristianos no han recolectado un solo grano de arroz. Hállanse reducidos al último extremo, y muchos serían los pueblos que hubieran dejado de existir á no ser por las limosnas de los lectores de su Revista.

Los jóvenes neófitos bautizados este año en muy crecido número, son dignos de especial protección. Para ayudarles y comunicarles fuerzas que les hagan perseverar en la santa Religión que han abrazado impóngome los más arduos sacrificios, y estoy resuelto á vender mi pobre ajuar de misioneros antes que dejarlos abandonados.

Esta mañana presentóse un niño cuya edad sería aproximadamente doce años, y me dijo:

—¡Buenos días, Padre!

—Que Dios te bendiga, querido. ¿Qué noticias traes?

—Padre, mi padre está moribundo, mi madre está moribunda, mis hermanitos están moribundos.

—¡Todos al mismo tiempo!

—Hace muchos días que no hemos comido. En nuestra casa no hay absolutamente nada. Reddy, el hombre que daba trabajo á mi padre, lo despidió el otro día diciéndole:

—Carezco de trabajo para ti. ¿Creiste que te alimentaría sin trabajar: vete. Si hubieras permanecido fiel adorador de Siva podría auxiliarte; pero has aceptado la Religión de los diablos del Occidente. Vete á encontrar al fami europeo.

¡Padre, deme V. algo, tengo mucha hambre!

—Pero ¿no sabes tú que mi bolsa está horriblemente vacía? está tan seca como vuestros arrozales.

—No me diga estas cosas, Padre: nuestras caras irán enflaqueciendo, y acabaremos por morir de hambre.

—Toma, aquí van cuatro sueldos; son los últimos, y que no vuelvas.

—Padre, volveré dentro dos días. Si como ha hecho tantas otras veces, cuenta nuestra miseria á nuestros hermanos de Europa, ellos enviarán *cassous* y nos los repartirá: ¡somos tan desgraciados desde que ha llegado la *caroupou calam* (hambre)! Mucho te suplico que no te olvide de decirles que mi madre carece de ropa para poder asistir á la Misa del domingo.

—¿Cómo pretendes que vuelva otra vez á pedir? Los europeos que nos protegen se fastidiarán; hoy ropa, mañana más ropa, luego un buey, después una casa... Y vosotros no asistiendo con la debida regularidad al santo sacrificio de la Misa. Llegaron hasta mis oídos rumores de que en vuestro pueblo ibais algunas veces á visitar á los ídolos.

—¡Ah! Padre, ¿quién se atrevió á decir esto? Es una grosera columna. Por la tarde rezamos todos reunidos, cantamos la *Salve Regina*, y nunca jamás vamos con los paganos.

—Bueno, está muy bien; márchate, y ahora mismo voy á escribir cuatro letras, pero mucho me temo que mis amigos de Europa van á enfadarse conmigo.

—Padre, esté convencido de que no han de enfadarse, pero no les diga que el próximo pasado domingo no vine á oír Misa; si lo sabían es muy posible que no mandaran ropa para mi madre.

VARIEDADES

SAN JUAN DE PUERTO RICO

ESTA ciudad, capital de la isla de Puerto Rico, está situada en la parte oriental de la costa norte y en el extremo occidente de una isleta de 5 kilómetros de largo por uno ó dos de ancho, unido á tierra firme por el puente de San Antonio: es obispado sufra-

gáneo de Santiago de Cuba, y cuenta 26,500 habitantes. En 1584, ocupando el trono de España el glorioso rey D. Felipe II, se trazó la planta del castillo del Morro, y al propio tiempo se enviaron refuerzos para salvar la isla de la rapacidad del pirata inglés Drake. Transcurridos tres años, el Conde de Cumberland logró apoderarse de ella, pero una terrible epidemia obligó á reembarcar, no sin haber antes incendiado la población y llevado cuanto pudo. En 1625 una escuadra holandesa, fuerte de 17 naves bien artilladas y con 2,500 hombres de desembarcó, conquistó la ciudad, defendida por 300 soldados y pocos cañones viejos: el heroico gobernador de la plaza D. Juan de Haro encerróse en el castillo del Morro, y tan bien supo organizar la defensa que obligó á retirarse el enemigo, dejando en poder de los españoles un hermoso buque con 30 cañones. Durante el resto del siglo XVII los filibusteros intentaron varias empresas, siempre malogradas, contra Puerto Rico. En 1797 una poderosa escuadra inglesa atacó la plaza, mas su gobernador D. Ramón de Castro los rechazó bizarramente. Tanto heroísmo y tantos triunfos ¿no es cierto que llenan de esperanza el corazón, comunicándole la casi seguridad de que hoy al igual que entonces sabrán nuestros soldados rechazar los ataques que contra esta plaza dirijan las poderosas escuadras yankees?

EL ALMA

A CRISTO EN LA CRUZ (1)

Si tus penas no pruebo, Jesús mío,
Vivo triste y penando.
Dádmelas por el alma que te he dado,
Que si este bien me hicieres
¡Ay Dios! ¡cómo veré lo que me quieres!
Quiéreme bien, y en dármelas demuestra
Que es ley entre amadores
Partir como los gustos los dolores,
Que no es partir al justo
Tener Tú los dolores y yo el gusto.
¿Mas qué te pido yo? ¿que Tú me quieras?
Si Tú, mi bien, me quieres
De suerte que por darme vida mueres...
Yo soy quien no te quiero,
Pues viéndote á la muerte no me muero.
¡Oh! ¡quién te amara tanto que muriera
En un acto amoroso
Transformada en las penas de su esposo,
Que no es el amor cierto
Si vivo yo cuando te miro muerto.
Te dije que te daba el alma mía,
Pues vive Tú en mi pecho;
Mas ¡ay! ¡que está de tanto amor deshecho!
Pero quien cielos labra,
Pechos puede formar con su palabra.
No quiero vida yo sin Ti, mi vida;
Si Tú mi vida eres,
En Ti mismo estaré cuando quisieres,
Que yo siempre querría
Estar en Ti, pues eres vida mía.

(1) Gustosos publicamos esta hermosa composición original del P. A. Aragón Fernández, misionero apostólico en Orizaba (Méjico), copiándola de los periódicos de la localidad.

¡Ay! si una hora estuviese yo contigo,
Y que esta hora fuese
Tan grande que mayor que el tiempo fuese,
Y que tanto durase
Que tus eternos años igualase!
Bien sé que soy de pobres labradores
Y grosera aldeana,
Y que tu majestad es soberana:
Mas Tú que te apocaste,
Subiste mi valor cuando bajaste.

En la cuenta no vale nada cero;
Mas Tú, número santo,
Puesto al principio, vengo á subir tanto
Que vienes á ensalzarme
Porque te humanas Tú para endiosarme.

Dame, Señor, tú cruz; dame tus clavos,
Para que no me huya;
Traspasen las espinas de la tuya
Mi cabeza dichosa;
Corona de tus flores á tu esposa.

Descansa un poco, dulce vida mía,
De tu cruz en mis brazos:
Tercero sea tu cruz de estos abrazos,
Y así pareceremos
Dios-Hombre, el Hombre-Dios, de amor extremos.

A. Aragón Fernández,

Misionero Apostólico.

Orizaba, Méjico, 15 de Marzo de 1898.

EL REINO DE LAS MUJERES

Existe en la provincia rusa de Smolensko un pequeño Estado cuyo Gobierno, como el de la fantástica isla de San Balandrán, está á cargo de las mujeres.

Dicho Estado, perteneciente al distrito de Smolensko, mide quince *verstas* cuadradas, y comprende gran número de aldeas.

Al comenzar la primavera, la población masculina emigra en masa á las grandes ciudades del distrito en busca de trabajo. Durante la ausencia de los hombres, que suele ser de ocho ó diez meses, las mujeres cultivan los campos, atienden á los cuidados del hogar, construyen las *isbas*, y se encargan de la gestión de los asuntos públicos, y todavía les queda tiempo para distraerse unas horas en una especie de casino, donde juegan ó charlan desde las cinco de la tarde hasta bien entrada la noche.

Cuando se aproxima la época de regresar los ausentes, organizanse grandes festejos, elaborándose enormes cantidades de cerveza, aguardiente y *piroghi* (torta de maíz).

Llegado el día del recibimiento, las mujeres acuden al encuentro de sus esposos, padres ó hermanos, y les tributan extraordinarios honores.

La situación política y financiera del «Reino de las mujeres,» como designan los rusos al pequeño Estado, es muy floreciente.

La emperatriz Feorodovna demuestra tal interés por la original comarca, que, anualmente, se hace presentar un informe oficial acerca de su situación.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona

na, da el ataque, combate y vence. Enarbólese la cruz al frente de los ejércitos; cincuenta soldados la llevan en sus broqueles, y victorioso de todos sus rivales, revestido en cierto modo de la fuerza divina, el hijo de Constancio reina solo en el imperio de Augusto, que va á consagrar en adelante á Jesucristo. El santo Rey lo predijo: «Servid al Señor en el temor, alegraos en el temblor... ¡Felices los que en El esperan!»

La guerra contra el Eterno había cesado: Constantino iba á dar á la Iglesia una paz y una libertad que no conocía; los cristianos bendecían á Dios, los paganos temblaban de cólera, una nueva era comenzaba para el mundo. Hacía trescientos tres años que el Cristo había muerto y resucitado.

II

EL ABUELO

En medio de los disturbios que agitaban el Imperio, parecidos á las postreras convulsiones de un moribundo, á despecho de los Césares degollados, y de los bárbaros acampados en las fronteras, que sólo se alejaban por medio del oro; en medio de la pública ansiedad, de la ruina de las propiedades, de la carestía de comestibles, del abandono de la agricultura, del decaimiento de todas las columnas en que se apoyaba la sociedad romana, quedaban todavía algunas existencias pacíficas á quienes no turbaban las amenazas de fuera, y que ignorantes del peligro se deslizaban como el corzo que en el fondo de los bosques vive sin miedo al venablo del cazador. Prósperos y apacibles corrían aquellos días para una joven consular, último vástago de su familia, que vivía bajo la protección de su abuelo, y que no advertía su orfandad, pues era amada; ni la ruina del Imperio, pues sólo conocía en este mundo sus libros, sus pájaros y sus flores. Lea Valeria tenía quince abriles, y aunque hermosa y dueña de vastas posesiones en la provincia de la Emilia, todavía no era desposada, pues su abuelo la guardaba en una estrecha y dulce reclusión. Vivía desconocida de todos aquella flor solitaria; no embelesaba otros ojos que los de su abuelo; nadie sino ella era su consuelo en las tristezas de la edad y en las amarguras más grandes que las calamidades públicas derramaban en su corazón. Vivía por ella; iniciábala en los estudios serios; rodeábala de riquezas y comodidades en su pequeña pero hermosa morada del Monte-Celi, á donde se había retirado después de haber concluido la carrera de magistrado. Sus contemporáneos, reducidos ya á corto número, explicaban esta soledad y tristeza en que Valerio se había sepultado, diciendo que había sobrevivido á todos sus hijos, que por grande que fuese la insensibilidad romana, la muerte de su último hijo, el padre de Lea, le había herido en el fondo del alma haciéndole cobrar hastio al mundo, al ruido y á los honores.

Si buscamos á Lea, la encontraremos sola en la biblioteca de su abuelo, rodeada de multitud de papiros enrollados que contenían todo lo que Roma y Grecia habían producido de grande y noble desde Herodoto, padre de la historia, hasta Floro; desde el himno de Alceo hasta las últimas balbucencias de la Musa latina. Varios bustos y estatuas de mármol adornaban aquel vasto aposento; una mesa muy bella con piés de bronce ocupaba el centro, y junto á ella la hermosa romana leía absorta un manuscrito que llevaba en su primera página el nombre de Esquilo.

Sus ojos se fijaban por vez primera en el *Prometeo encadenado*, fábula extraña que parece á la vez un recuerdo de las primeras tradiciones de la humanidad y una profecía del porvenir, semejante á aquella en que Platón ve al justo por excelencia sufriendo y entregado por sus hermanos. Leía con sorpresa la escena en que la Violencia personificada ordena á Vulcano que ate en el Cáucaso con cadenas de diamante al amigo de los hombres, al hombre de corazón de fuego, á Prometeo. Enternecíala las quejas que salían de sus elocuentes labios, cuando el augusto vencido, viéndose solo, exclama:

«¡Oh divino Éter! ¡oh alado soplo de los vientos, manantiales de los ríos, olas sin fin que rizáis la superficie de los mares! ¡oh tierra, madre de todos los seres, y tú, oh Sol, cuyas miradas abarcan toda la tierra, ved qué tratamiento recibe un dios por parte de los dioses! ¡Ved las indignas cadenas que el rey de los Inmortales ha forjado para mí!... Desgraciado, los favores que de mí han recibido los mortales son los que me acarrearán tantos rigores. Yo he robado el fuego del cielo, que se ha convertido para ellos en el principio de todas las artes, en origen de mil ventajas: tal es el crimen por que me veo encadenado y expuesto en esta roca á todas las injurias del viento... ¡Ah! cualesquiera seáis, venid, y ved cargado de hierros un dios infortunado cuyo amor á los hombres le ha valido la cólera de Júpiter.»

Lea apoyó la cabeza en sus manos, y se puso á meditar. Su entendimiento se había nutrido en la literatura de los antiguos, pero su alma no tenía otros alimentos que las fábulas groseras del politeísmo: su abuelo había alejado de ella toda enseñanza que no estuviese conforme con las tradiciones romanas; tal vez había visto algunas almas á quienes la averiguación constante de la verdad había conducido al Evangelio, y temía por su nieta todo lo que se apartaba de los dogmas positivos de la mitología pagana. Lea no había paseado aún sus ojos fuera de este limitado horizonte, y las palabras del viejo Esquilo acababan de producir en su entendimiento una primera duda, una perplejidad que sorprendía el candor de su fe.

(Se continuará).

BIBLIOTECA DEL HOGAR.
Serie de novellitas de sana tendencia moral, y que, á par de honesto recreo y pasatiempo, ofrecen á las familias católicas instrucción y prácticas lecciones de buen gobierno en la vida social de nuestros días. Van ilustradas con profusión de interesantes dibujos. Se han publicado hasta ahora las siguientes: **No más mostrador**, por D. Francisco de P. Capella. — 75 cént. en rústica, y 1.25 ptas. en tela. — **Espera**, por Aurora Lista. — 75 cént. en rústica, y 1.25 ptas. en tela. — **Sin Dios**, por Raquel. — 75 cént. en rústica, y 1.25 ptas. en tela. — **Cadena de oro**, por Aurora Lista. — 1.25 ptas. en rústica, y 1.75 en tela. — **La firma del banquero**, por Aurora Lista. — 50 cént. en rústica, y 1 pta. en tela. — **Anisia o una virgen-apóstol del siglo IV**. Novellita histórica, traducida y arreglada del francés. — 50 cént. en rústica, y 1 pta. en tela. Dirigirse á D. Miguel Casals, Píno, 5, Barcelona.

ANUNCIOS

EL BUEN COMBATE

facilitado á toda clase de personas, por medio de sencillos opúsculos
de controversia popular

Nueva colección de libritos de Propaganda limpia y exclusivamente católica, de varios estilos y autores, que contendrá todo cuanto el cristiano debe creer, practicar y defender.

CONDICIONES.— Se publica cada mes un opúsculo de 48 páginas, con hermosas ilustraciones y elegante cubierta.

Subscribiéndose por un año á 4 ejemplar mensual. **1'50** ptas.

»	á 4 ejemplares mensuales.	0'50	»	cada mes
»	» á 8 »	1	»	» »
»	» á 12 »	1'50	»	» »
»	» á 20 »	2'25	»	» »
»	» á 50 »	5	»	» »

Puede hacerse la subscripción por uno, dos ó tres meses, un semestre ó todo el año.

El pago se hará por adelantado en letra, libranza ó sellos, certificando en este último caso la carta.

Dirigirse á D. Miguel Casals, *Librería y Tipografía Católica*, Pino, 5, Barcelona.

OPUSCULOS PUBLICADOS: *El pan del pobre*, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro., Director de la *Revista Popular*.—*No es hora todavía?* por id.—*De Carlos á Manuel y viceversa*, por Antonio.—*El deber de la limosna*, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—*De Carlos á Manuel y viceversa* (segunda parte), por Antonio.—*Sol de las almas*, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—*Credo, ó refugio del cristiano en los presentes tiempos* (primera parte), por Mons. Gaume.—*Credo, ó refugio del cristiano en los presentes tiempos* (segunda parte), por id.—*La acción antimasonica*, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—*El Santísimo Rosario*, por Campazas.—*Católicos... á la moda*, por Raquel.—*Católicos de verdad*, por id.—*Guerra de frente*, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—*Espinas, hojarasca y flores*, por el Dr. Franco.—*La piedad al uso*, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—*Los fariseos*, por D.^a Matilde Troncoso de Oiz.—*Eucarísticas*, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—*Espinas, hojarasca y flores*, II, por el Dr. D. Francisco de P. Ribas y Servet, Pbro.—*La caridad puesta al alcance de todo el mundo*, por el abate Mullois.—*Cómo se explota á los incautos*, por id.—*Liberalismo casero*, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—*Quien siembra vientos...* por D.^a Matilde Troncoso de Oiz (Raquel).—*Espinas, hojarasca y flores*, III, por el Dr. D. Francisco de P. Ribas y Servet, Pbro.—*Cruz de oro y cruz de plomo*, por Raquel.—*Liberalismo casero*, II, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—*Espinas, hojarasca y flores*, IV, por el Dr. D. Francisco de P. Ribas y Servet, Pbro.—*Yo confesarme!* por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—*Cartas á un joven*, por D.^a Matilde Troncoso de Oiz (Raquel).—*Nuestro modelo*, por D.^a Matilde Troncoso de Oiz (Raquel).—*El Sagrado Corazón de Jesús y las clases obreras*, por el Dr. D. F. de P. Ribas y Servet.

OPÚSCULO PARA JULIO: *El Protestantismo en berlina*, por el P. Pío Mandata, de la Compañía de Jesús.

LA MASONIZACIÓN DE FILIPINAS RIZAL Y SU OBRA

INTERESANTE FOLLETO DE ACTUALIDAD

A 50 céntimos ejemplar, en la *Librería y Tipografía Católica*, calle del Pino, 5, Barcelona.

ANISIA Ó UNA VIRGEN APÓSTOL DEL SIGLO IV

Novela histórica traducida y arreglada del francés. Ilustrada con grabados. Esta novelita forma parte de la *Biblioteca del Hogar*, y se vende á 50 cént. en rústica, y 1 pla. en tela.

ADVERTENCIA

Hay existencia de LAS MISIONES CATÓLICAS de los cinco años publicados. Forma cada uno un precioso tomo de cerca seiscientas páginas, con más de doscientos grabados, y se vende á 14 ptas. en rústica, y 18 en tela con elegante plancha dorada. Por correo y en paquete certificado, 15 pesetas en rústica, y 19 encuadernado.

Los señores subscriptores que deseen adquirir lujosas cubiertas con lomo de chagrín y combinaciones en negro y dorado, las recibirán por correo mediante el anticipo de 3 pesetas.